

I

Aquella mañana del 13 de Septiembre de 1978 el sol iluminaba mi habitación. Desperté inquieto. Fui hacia la bañera, la llené y me metí en ella. Mi cabeza no paraba de dar vueltas. Estaba nervioso. El día anterior llamé a Loli, mi novia. Quedé con ella para marchar al menos una temporada a formar el comando Madrid.

Quedé con Loli a las 12 en una calle de Orense. Yo había pedido a la organización que me alejase de Galicia.

A las 9.30 yo ya estaba en el portal de la calle República Argentina donde vivía. Entré en una cafetería y pedí un café. Cogí “La Voz de Galicia”. En portada venía una fotografía mía: “Se tienen nuevas pistas sobre El Andaluz...” A mi lado un guardia civil pidió un cortado y como yo había dejado el periódico me lo pidió. Se lo alcancé. Miró directamente mi fotografía: “joder, si es un puto crío” dijo en voz alta y mirándome. A mí me entró algo similar al pánico. Lentamente llevé la mano hacia la cintura y empuñé la pistola, un nueve corto. El guardia volvió a lo suyo, comentó algo con el camarero. Yo dejé 25 ptas. en la barra y salí de aquel bar.

Hacía calor y mi chaqueta, aunque de verano, me sobraba, pero me servía para ocultar el arma.

Busqué una cabina. Iba a llamar a Loli, aún estaría en su casa en Vigo. Iba a pedirle que no viniese, que algo malo presentía yo. El teléfono daba el tono y nadie lo cogía. Fui hasta la calle donde habíamos quedado. Allí vi a un hombre en su coche leyendo un periódico destartalado. Me llamó la atención. Miré hacia él. Cerró el manojito de páginas y miró hacia otro lado. Lo hizo de forma muy descarada. “Es policía”, me dije. Seguí caminando, di una vuelta y volví. Ya había otro policía dentro del coche... Coche aparcado a pleno sol y tíos con chaquetas como yo...

Caminé apurando el paso y noté que dos hombres que iban por la acera de enfrente también apuraban el paso. Tenía la seguridad de que la policía estaba detrás de mí. Me encaminé hacia la zona vieja, las calles apenas tenían viandantes. De vez en cuando paraba y me daba la vuelta. Ellos paraban. Los empecé a llevar de aquí para allá, pero hiciese lo que hiciese al fondo de cada calle había un par de policías de paisano. Yo estaba atento por si pasaba algún coche pero ya no circulaban. Me estaban cercando, Cada vez que pasaba por un bar o un comercio estudiaba si tendría puerta trasera.

Entré en una farmacia. A la vez que la dependienta me despachaba unas tiritas le pregunté si había puerta o ventana trasera. Había una ventana pero tenía rejillas. Ya llevábamos más de una hora de persecución y los nervios me estaban agotando. Saqué la pistola de la cintura y la empuñé en el bolsillo de la chaqueta. Tenía muchas dudas de que me fuesen a coger con vida.

Posteriormente supe que aquel operativo de 200 agentes me la estaban preparando, pero un eufórico Martín Villa dio una rueda de prensa hablando de mi detención que no se produjo hasta 45 minutos después de la rueda de prensa.

Salí de la farmacia. Una barrera de policías se abalanzó sobre mí. Me metieron en un portal: gritos, patadas, amenazas... Me esposaron con las manos a la espalda, el cañón de un revólver en el riñón derecho. “No hace falta coche, lo llevamos caminando”. Iba en volandas, unos quince inspectores me agarraban y me cercaban. Al doblar una calle más de un centenar de personas que estaban retenidas guardaron un silencio sepulcral, roto sólo por los gritos de los policías. Cuando estábamos entre la puerta de la comisaría y las personas grité quien era yo y qué me iban a hacer.

Los inspectores no se cortaron. Tirado en el suelo me pateaban. La gente comenzó a increparlos y éstos sacaron las pistolas y las placas pero seguían pateándome. La gente sólo quería que dejasen de darme patadas. Entonces salieron los grises y a empujones separaron a la gente de los inspectores.

La puerta de la comisaría era pequeña y yo me resistía. Finalmente una patada en los testículos hizo posible que me metiesen. Detrás de mí entraron detenidas algunas de aquellas personas que lo único que querían era que no me matasen a patadas. Al cabo de un tiempo los soltaron y disolvieron a la gente.

Una vez a solas abrieron la celda donde me habían metido. Entraron varios inspectores que me golpearon, pero eso no era nada: al poco entró el conocido Manolito Ribera, un verdadero monstruo. Enorme y con los ojos inyectados en sangre (por la rabia o por el coñac) me dio la mayor paliza que yo pudiese imaginar. Los otros marcharon y nos dejaron solos. Me arrinconó. Pesaba tres veces más que yo. Le pedí que me quitase las esposas pero no lo hizo, al contrario, fue víctima de un ataque de furia porque no era capaz de tirarme al suelo y patearme que era lo que él quería.

Mi cabeza pegó contra una pared y finalmente caí al suelo, pero en ese momento ya entraron los otros. “Joder, Manolo, por ti no pasan los años”. “Traedme una porra, que los huesos de éste me están jodiendo las manos”. Lo animaron a que saliese a descansar. Yo medía 1.81 y pesaba 60 kilos. Tenía 19 años. Ese mismo día me trasladaron a la comisaría de Santiago.

El atardecer de aquel día lo recuerdo vividamente. Me metieron en un coche flanqueado por dos inspectores que me daban codazos en plena cara, en las costillas, en el pecho, en la cabeza... Al fin y al cabo me estaban preparando para cuando llegase a Santiago.

Directamente, al llegar a comisaría, me subieron a una oficina sombría, una mesa gris y vieja como todo mobiliario. Allí había cuatro inspectores que se encargarían desde entonces de los interrogatorios. El Gitano, El Asturiano, Juan Carlos Salgado Sánchez y el tristemente célebre Billy el Niño, Jose Antonio González Pacheco, acusado por decenas y decenas de militantes y sindicalistas, un ser repugnante con cara de sapo y pelo de escoba, vanidoso y creador de su filosofía “machaca que algo sacas”. Lo mismo te contaba un mal chiste que te reventaba los tímpanos con las palmas de sus manos. Este individuo tenía las manos tan manchadas de sangre que lo tuvieron que “invitar”, con todos los honores, a que dejase el cuerpo. Así fue, marchó “a Chile a la seguridad privada” decía la prensa, pero todos sabíamos que iba a adiestrar a la policía pinochetista.

Mandaba que me tirasen al suelo, las manos siempre esposadas atrás; te ponían de rodillas, se subían a caballito, te descalzaban, te preparaban los pies para que las plantas quedasen tensas y una vez así con una porra te daban en el punto exacto donde vivías un dolor que te arrancaba un grito desgarrador y tu cuerpo saltaba como un resorte. En una fracción de segundo mirabas hacia atrás esperando ver tus pies cortados, porque esa es la sensación que provocan con esta tortura.

Torturados de todo el mundo saben que esa tortura te deja por siempre la marca de un dolor que te retumba en el cerebro. Te retuerces e intentas tocarte los pies porque sigues convencido de que te los han cortado.

Un día recibimos la visita del “Cazarojos” comisario Conesa, otro elemento que tuvieron que jubilar por su pasado sangriento. Éste era el hombre de confianza de Martín Villa y Billy su discípulo preferido, el más avanzado. Se me acercó y me dijo: “¿no queríais democracia? Pues ahí la tenéis.” Encima de un radiador había una porra que habían partido en mis pies. La cogió, llamó a un gris, se la cambió y le dio la porra nueva a Billy. Al despedirse se dirigió a mi que estaba como siempre en el suelo: “Si incumplen los derechos humanos me lo dices”.

Al segundo día tuvieron que cambiar el turno de los interrogatorios: justo enfrente estaba el edificio de Correos y los oficinistas se habían quejado de mis gritos. En vez de interrogarme de día lo hacían por la madrugada. Decían: “ya puedes gritar lo que quieras”.

En los calabozos llegué a creer que me mataban. Abrían la puerta y entraban grises y guardias civiles. En una de esas palizas un gris encargado de los calabozos con el que ya había hablado de lo que me hacían los inspectores les gritó que me dejasen: “y luego nos quejamos de que nos maten”. Sólo entonces pude volver arrastrándome al camastro a esperar la madrugada...

Créeme que cualquier duda que uno tuviese sobre practicar la lucha armada se te despejaba entre torturas y patadas..El Estado me estaba convenciendo de que ya estábamos en una Democracia, Una, Nueva, Grande y Libre.

Después de ocho días y siete noches, tiempo en el que la prensa no dejaba de informar sobre “el Andaluz”, me sacaron camino de los juzgados. La prensa decía que mi padre me veía todos los días y eso obviamente era mentira. Lo único cierto era que mi padre lo intentaba.

En los juzgados, rodeado de grises y guardias que se apretaban contra mi como queriéndome hacer desaparecer, me pusieron frente a un personaje ridículo, con crucifijo y foto de Franco. Cuando denuncié que había sido torturado lo que contestó fue: “¿qué te esperabas?”.

Tras muchos ladridos de un perro pastor alemán que me azuzaban y los que ellos daban, los grises se retiraron y la guardia civil se hizo cargo de mi.

Al salir a la calle había un nutrido grupo de personas que enmudecieron cuando vieron a aquel chico lleno de moratones, incapaz de caminar, con los pies visiblemente hinchados por la tortura. Todo yo era un amasijo de moratones y huesos (allí perdí diez quilos) y eso que en los últimos días procuraron no tocarme la cara.

Nadie de aquella multitud dijo nada. Este momento y el que os voy a relatar a continuación también fueron recogidos por la prensa :

Iba esposado con las manos a la espalda e igualmente al jeep. A pesar de la poca visión que tenía desde mi posición oía y veía coches patrulla de la policía y de la Guardia Civil que nos adelantaban a gran velocidad. Cuando llegamos al recinto de la cárcel de Coruña me hicieron bajar y una guardia pretoriana de cuatro jóvenes guardia civiles me custodiaron. Cuando miré al frente vi unas escalinatas llenas de oficiales y suboficiales de los “grises” y de los “civiles”. Gritaban como una jauría. Querían lincharme y ordenaban a los guardia civiles que me entregasen. La puerta de la cárcel era de madera y muy grande pero había una puerta pequeña a la que los guardias llamaban y no daban abierto. Cuando las cosas ya estaban a punto de ser trágicas la dichosa puerta se abrió, me introdujeron, me quitaron los grilletes y ya quedé en manos de los funcionarios.

Me llevaron a la consulta médica. El médico me revisó y tomó nota de todas las marcas, me dio medicación y me hizo las curas. Hizo todo lo que pudo. Me trató como a un paciente al que hubiera atropellado un camión.

Comencé a comer comidas blandas y sopas y me fui recuperando. Tras los días de aislamiento por fin dejaron entrar en los locutorios a mi padre. Aún recuerdo su cara. Lloró. Lo habían engañado. Le habían dicho que me estaban tratando bien. Después de unos minutos de angustia me preguntó y yo le contesté la verdad: “Te doy mi palabra de que yo no he disparado a nadie”. Nunca me volvió a preguntar. Él sabía que no le estaba mintiendo.

Loli no fue a esa cita. Ella tenía una prima con la que habíamos salido en algunas ocasiones. Loli le comentó que se venía a vivir conmigo, la prima se lo comentó a sus padres y éstos a un íntimo amigo de ellos, un comisario y de ahí mi detención. Eso lo supe años después.

Meses después , como ella seguía conmigo, la policía la detuvo para hacerle un lavado de cerebro. “Detenida la novia del Andaluz”. La soltaron en unos días.

Fue cosa de sus padres y el comisario para darle un escarmiento, pero los muy estúpidos la presionaron tanto que casi la vuelven loca. Me escribía y en las cartas se veía el mal estado en que se encontraba. Le escribí y le planteé que sólo fuésemos amigos o que lo dejásemos porque yo no iba a cambiar y ella estaba empeñada en que yo lo dejase todo. Así que lo dejamos. Cada vez que se veía con mi madre se informaba de cómo estaba yo.

Al poco de salir la vi. Habían pasado 17 años, toda una vida. La vi abatida. Hace unos días la he vuelto a ver y seguía pareciéndome abatida y triste.

II

Nací en Cádiz en el año 1958 en el barrio de San Martín, una de las zonas más castizas, entre el Puerto y el Campo del Sur, entre aguas, como toda la Tacita de Plata, que es como se conoce a Cádiz desde los tiempos...

Posteriormente mi familia se trasladó a las Puertas de Tierra, una franja de tierras adornada de playas que se ha ido ensanchando, convirtiéndose realmente en otra pequeña ciudad, la parte nueva, las Puertas de Tierra donde los gaditanos repelían a cañonazos a los piratas, los franceses... No conozco gente más enamorada de su tierra, ni trocito de tierra con tanta historia.

Tengo seis hermanos mayores que yo y seis menores, estoy justo en el medio, como el jueves. Mi infancia está llena de sol, que en los días más amargos de cárcel alumbraron esa inmensa soledad de la celda, pero mi infancia, como decía, está llena de sol y playa, alegría y Navidades entrañables.

El día de Reyes toda la mesa del salón, por encima y por debajo, estaba repleta de regalos, de magia encerrada en cajas de cartón de llamativos colores. Era la madrugada más feliz. Nos

levantábamos en la oscuridad y uno de los mayores encendía las luces. Aquello sí que era algarabía, algunos de los pequeños se llegaban a dormir sobre sus juguetes. Venían todos los vecinos del edificio para ver aquel espectáculo, claro que de aquella los vecinos eran vecinos y allí se repartía hasta la alegría. Nada sobra y faltaba casi de todo.

Mi padre trabajaba para una compañía pesquera y tenía que viajar con mucha frecuencia porque hasta el año 73 la empresa no decidió asentarse en Vigo. Sebastián para algunos y Chano para otros, no tenía más estudios que el de mecánico de bicicletas

Una vez la empresa lo envió a Canarias. Allí mi padre visitó una fábrica que convertía las tripas de pescado en aceite. A su vuelta a Cádiz hizo sus cálculos, extendió tubos, montó calderas y puso en funcionamiento la fábrica. Era así. Con tantos hijos tenía que ser ingenioso.

También montó un taller, pero para la familia, donde trabajábamos todos los varones menos Rafa, que aún era muy pequeño. Antonio y Juan, los mayores, soldaban junto con mi padre. Mi hermano Chano y yo pintábamos las puertas metálicas, las ventanas, rejas... Pero Chano y yo, como críos que éramos, en ocasiones nos peleábamos y nos dábamos brochazos el uno al otro. Un día en ese momento preciso apareció mi padre y con sólo mirarnos yo creo que se nos desprendió la pintura. Mi padre de aquella tenía una mirada cómo decirte, puf... Luego con los años su mirada adquirió matices de dulzura, ingenuidad..., ya os hablaré de él más tarde.

En verano estábamos todo el día en la playa. Así que salía el sol marchábamos; vivíamos a unos centenares de metros. Llegábamos, extendíamos las toallas, poníamos alguna sombrilla y enterrábamos las sandías en la orilla para mantenerlas frescas.

Comíamos, merendábamos y hasta que el sol no comenzaba a caer de agotamiento en el horizonte, allí estábamos. Mínimo nueve hermanos. A los mayores les costaba convencernos para marchar. Si la marea bajaba íbamos a coger camarones y pececillos a las charcas que se formaban entre las rocas., pero si había oleaje nos dejábamos arrastrar por las olas hasta la orilla.

Una vez en casa íbamos pasando por la ducha “en cadena”, luego la cena y en ocasiones al cine de verano, como techo las estrellas y de paredes los macizos de flores olorosas. Allí veíamos películas de romanos, cowboys, Drácula, Marisol... Después para casa. En los días de mucho calor no había quien durmiera, así que sacábamos las sillas y mayores y niños nos quedábamos hasta las tantas a la fresca, comiendo pipas y bebiendo agua fresca de los botijos.

III

Mi madre me acaba de llamar. Está preocupada por mi estado de salud. Tiene casi noventa años pero sigue siendo tan madre como cuando éramos pequeños. Mantiene relación casi diaria con todos nosotros y eso que tiene cuatro hijos en Cádiz, uno en Barcelona y ocho aquí en Vigo, pero además está al tanto de sus treinta (creo) nietos y su docena de biznietos.

Sigue teniendo en su mirada un candor y una chispa de picardía muy hermosa. Si le hablas de sexo aún tiene los recuerdos de mi padre. No hay nada que tú le puedas contar de este tema que la sorprenda desde aquel viaje de novios que hizo en bicicleta con mi padre.

Pasó la guerra y aún tiene vívidos los recuerdos de la barbarie de los falangistas y la guardia de Franco. El cobertizo donde vivía con mi abuela daba a la tapia del cementerio. Todas las noches oían aterrorizadas las descargas de los fusiles justicieros de las tropas triunfadoras.

Mi padre tenía tres hermanos y una hermana. Se habían trasladado con sus padres a San Juan de Aznalfarache. Su hermano mayor era panadero. Fueron a buscarlo al trabajo y nunca más se supo de él. El segundo hermano era cabrero y un día aparecieron las cabras solas en el pueblo.

Cuando yo era pequeño a veces sorprendía a mi padre en su habitación sentado a los pies de la cama, llorando mientras miraba las fotos de mis tíos. Nunca me atreví a preguntarle por qué lloraba, así que no supe lo que ocurría hasta que fui mayor y me lo explicó mi madre.

En la posguerra hubo, además, un genocidio ideológico. Todo lo que se relacionase con la República era arrancado con censura, fusilamientos sumarísimos y la bendición de la Iglesia Católica. Aún hoy hay más de cien mil personas enterradas en las cunetas.

La dignidad aún sigue enterrada. Organismos internacionales defensores de los Derechos

Humanos sitúan a España cómo el segundo país del mundo después de Camboya en número de fosas comunes, aunque pronto seremos los primeros dado que ellos no se están encontrando los problemas que a nosotros nos están poniendo. Cada fosa que finalmente pueden abrir los de la Memoria Histórica está llena de testimonios que revelan el terror que aún inunda la memoria de los testigos, de los pocos que se atreven a hablar.

No lo dije antes. Mi madre nació en Castilleja de la Cuesta y mi padre en Lebrija, provincia de Sevilla. Mi bisabuelo era de Santiago. No se sabe muy bien por qué aparcó en Sevilla, pero allí se quedó y de ahí viene mi apellido Veloso.

Mi madre y mi abuela limpiaban un colegio de monjas para niñas bien. Como pago les dejaban el cobertizo y para comer les daban las mondas de las patatas y los plátanos y la zurrapa del café.

Por enfermedad pulmonar, antes de la guerra, murió mi abuelo. Viuda pobre y hermosa a rabiarse a mi abuela le salió un pretendiente, el alcalde falangista de pro, pero ella no le correspondía. Devota de la Virgen del Carmen, con desparpajo y esa chispa andaluza, llevaba al parecer una medalla de la Virgen un poco más abajo de lo que lo que le parecía decoroso al tal galán, así que un día éste la amonestó y mi abuela le contestó que ella “llevaba la medalla donde le salía del coño”. Obviamente eso era blasfemia y fue represaliada.

Mi abuela era aún más picantona que mi madre y si le tirabas de la lengua podías oír cosas que te escandalizarían.

IV

Primero los mayores nos hicieron partícipes de los rumores, pero un día se hizo oficial: la empresa para la que trabajaba mi padre decidió asentarse en Vigo. Copemar tenía varios barcos de pesca y la labor de mi padre, inspector de la compañía, era revisar las distintas reparaciones que se realizaban en ellos una vez vueltos de la campaña. Así que en junio de 1973 un gran camión se llevó nuestras cosas para Vigo. De esta manera y con la inestimable ayuda de un matrimonio amigo de nuestros padres a nuestra llegada ya estaría todo instalado en el piso.

Nos íbamos nueve hermanos, pues cuatro ya estaban casados y con familia. Mi padre contrató un autobús grande para nosotros solos y solos lloramos todos durante horas porque sabíamos lo que dejábamos atrás. Para nosotros Galicia era poco menos que el extranjero, en distancia, idioma, cultura... y sinceramente, los gallegos que conocíamos eran secos como piedras de tanto camino como hubieron de recorrer en su peregrinar hasta Cádiz.

El viaje duró dos días con sus dos noches en las que dormíamos en el bus y en ocasiones comíamos en una zona de descanso. Fue lento, pero mi padre le había dejado bien claro al conductor que tardásemos lo que fuese necesario, pero la seguridad era lo prioritario. Las carreteras de aquella época eran lo que hoy viene siendo una mala carretera comarcal y ya entrando en Galicia aquello daba pánico, con esos barrancos, esos montes y las carreteras aún más estrechas.

Justo es reconocerlo: todos quedamos maravillados por esa frondosidad verde de los montes y ese campo colorido al atardecer. Mi padre y mi madre aprovecharon nuestro embelesamiento para animar la moral de la tropilla que aún de vez en cuando lloraba pensando en nuestros hermanos, nuestros sobrinos y nuestros amigos. Algo nos decía que todo sería distinto.

A los pocos días de llegar nos atrevimos a salir solos a dar una vuelta y descubrimos que Vigo es una ciudad con más subidas y bajadas que una montaña rusa, pero lo que fuimos viendo nos gustó. Claro, estábamos en verano y el sol lucía, al menos aquel día lucía; ya después vimos que en lo tocante al clima y al carácter de la gente esto era diametralmente opuesto a lo que vivíamos en Cádiz. Un cambio demasiado brusco, diría que traumático.

Con mis catorce años ya le dije a mi padre que de seguir en el cole nada, que yo quería trabajar, y así fue. A los pocos meses de aterrizar en las galicias me puse a trabajar en una empresa de reparaciones e instalaciones eléctricas en los barcos. Me gustaba la electricidad, así que pronto me acostumbré al trabajo y ponía mi empeño en aprender.

Mi primer sueldo fue de poco más de 1000 pesetas al mes, pero si me quedaba trabajando por la noche para que el barco pudiese zarpar a primera hora me lo pagaban a 1500 y con la cena pagada. Yo me apuntaba a todas esas veladas, dependiendo del compañero que me tocara. Había un par de ellos, aldeanos brutos y estúpidos, que se creían con el derecho de gastar novatadas y maltratar a los aprendices. Un día uno de ellos me dijo: “espabila rapaz” y me arreó con el mango del martillo, así que yo le correspondí y se lo devolví. Me libré porque otro oficial lo vio todo y salió en mi defensa. Nunca más me volvieron a poner con aquel oficial.

Tanto mi hermano Chano como yo entregábamos a mi madre todo lo que ganábamos, pero lo hacíamos jugando con ella. Escondíamos el dinero y ella tenía que ir encontrándolo y aún así, si habíamos velado mucho, entonces le dábamos la sorpresa final.

V

Mi primer cumpleaños en la cárcel fue en Soria. Allí cumplí 20 años. Los compañeros de la Comuna Carlos Marx me hicieron una tarta de galletas con chocolate. La Comuna la formábamos los presos políticos del PCE(r) y de los GRAPO.

En las navidades del 78, cuando la mayoría dormíamos, cientos de guardias civiles y grises tomaron la cárcel, nos fueron sacando de nuestras celdas y nos metieron en dos autobuses.

Por el cielo negro de invierno, sin luna ni estrellas, los helicópteros sobrevolaban el convoy que formaron. No sabíamos adonde nos llevaban, pero os aseguro que en ninguno de nosotros cundió el pánico.

La Comuna Carlos Marx fue un hito en la historia penitenciaria de este país. Nunca estábamos ociosos. Ocupábamos el tiempo en estudiar y nos autofinanciábamos con nuestros trabajos manuales, además de la solidaridad de amigos o compañeros de trabajo y de lo que recaudaban las organizaciones de apoyo a los presos políticos.

Tuve la suerte de hacer una gran amistad con Miguel (Francisco Brotons Beneyto). Era un compañero con mucha inteligencia y cultura y capacidad para tener paciencia conmigo y conseguir que yo cogiese bagaje cultural. Siempre sabía que decirme para provocar en mí ese espíritu de superación. Lo recuerdo con cariño porque gracias a todo el tiempo que me dedicó yo pude desarrollar mi personalidad y mi capacidad para escribir poesía. También otros compañeros me ayudaron, pero especialmente él tuvo la capacidad de influenciarme.

La galería de la cárcel de Zamora que fue finalmente nuestro destino aquella noche, es la que se utilizó recientemente para rodar la película protagonizada por Luis Tosar “Celda 211”, pero de aquella aún era más tétrica y húmeda. Las celdas eran de castigo porque allí enterraba la Iglesia a sus curas rebeldes. Por ejemplo, mi colchón, sucio y húmedo, era de relleno y no medía más de un metro diez. Las paredes eran de cal y rezumaban agua como una cueva cercana a una playa.

Tenía un simple ventanuco que cuando te asomabas parecía que estuvieses viendo un campo de concentración, por las garitas y las alambradas. Estaba ubicada entre la ribera del Duero y la falda de un monte que era una antigua cantera. Los funcionarios vestían de verde y algunos aún llevaban la gorra de plato y los guantes, parecían auténticos nazis.

Dos días después, cuando conseguimos que nos abrieran las celdas, pretendían que hiciéramos una formación militar. Nos echamos a reír. Después de una intensa discusión con ellos y los antidisturbios que se quedarían permanentemente allí, acordamos ponernos todos de manera que nos pudieran contar. Aún así tuvimos muchos problemas de orden disciplinario ya que se regían por régimen castrense. Muy poco a poco entendieron qué normas íbamos a respetar y de cuales nos íbamos a reír.

Había un jefe de servicio que lucía orgulloso la medalla de la División Azul, así que os podéis hacer una idea de donde nos habían metido. Para ponerlo cardíaco le decíamos: “qué paradoja, mientras los españoles republicanos exiliados en Francia luchaban contra los nazis, los españolitos de bien como usted iban a defender a los hitlerianos”.

Para acceder a unas celdas “especiales” que tenían (en una de ellas me tuvieron castigado cuatro meses), era de obligado paso la galería donde nosotros estábamos. De vez en vez pasaban con algún

preso común esposado para luego, cuando ya estábamos encerrados, golpearlo con total impunidad. Entonces montábamos tal escándalo dando patadas a nuestras puertas que por fin conseguimos que nunca más llevaran presos a aquellas celdas, tanto es así que la mayoría de ellas las ocupamos con nuestros materiales de trabajo y para montar una cocinilla donde preparábamos el café.

Cada 15 o 20 o 30 días nos visitaban los de la Brigada (los que nos torturaban cuando nos detenían) con una bandera de antidisturbios. Eran momentos de máxima tensión. Te sacaban de la celda y te tiraban todo.. Cogían lo que les venía en gana, lo pateaban y con piquetas destrozaban todo aquello que les pareciese una entrada a un túnel.

A los pocos meses los compañeros encargados encontraron un lugar por el que comenzar a excavar un túnel. Aquello fue una obra maestra por lo difícil del terreno, que era rocoso, por los controles de la brigada y porque sabíamos que un antiguo compañero se había pasado al otro bando, así que salvo un grupo reducido los demás permanecían ignorantes de lo que estaba ocurriendo.

Para ir al patio y al comedor teníamos que pasar por el centro de control donde los funcionarios iban apuntando quienes entraban y quienes volvían a la galería.

Nosotros hacíamos más teatro que en Estudio 1 y cuando algún funcionario se mosqueaba los veteranos le dábamos la bronca a los nuevos delante de ellos para que supiesen que había normas de obligado cumplimiento. Al infiltrado lo chuleábamos y siempre hacíamos que sospechasen de las duchas que eran de azulejo y estaban situadas en un lugar “ideal” para fugarse. Cuando venían los de la Brigada rompían azulejos como energúmenos y nosotros sobreactuábamos para que inmediatamente repusieran lo roto.

Después de realizada la fuga el susodicho infiltrado, Santiago Veiga Tobías, salió y en Interviu dio su versión de Judas. Había tenido que invitarlo a muchos cafés, pero así en los momentos clave en los que los compañeros entraban o salían del túnel, el fulano se encontraba conmigo tomando café y escuchando música, que allí en aquellas mini celdas era donde habíamos puesto el equipo.

La gran mayoría de los compañeros no supieron nada hasta un par de horas después de la fuga. Se decidió así porque de aquella la policía encerraba a decenas de personas que tenían relación con nosotros o que creían que la tenían porque los habían pillado con un periódico nuestro. Así que por seguridad mantuvimos esa política de silencio con todos los nuevos.

VI

Nadie en su sano juicio puede estar orgulloso de ser partícipe, autor o coautor... No puede ser que veas morir a una persona y te sientas orgulloso. Yo nunca disparé contra nadie, sin embargo tuve que firmar que había sido el autor de la muerte de un guardia civil.

A pesar de que al poco detuvieron a mi compañero de comando y confirmó que él había sido el autor del disparo, de nada sirvió. Llegado el juicio ya estaba sentenciado por aquellos jueces que tan sólo hacía unos meses formaban el famoso Tribunal de Orden Público. Ni pruebas, ni los testimonios de testigos que contradecían las versiones policiales, ni nada. Aquella sentencia estigmatizó toda mi estancia en la cárcel.

En Febrero de 1981 fue el golpe de estado. Pues bien, en una revista que posteriormente fue clausurada, “España Crítica”, publicaron uno de los planes de los golpistas: fusilar a todos los que ya estuviesen sentenciados por muertes de agentes del orden. En aquellos momentos estábamos en esa situación apenas una docena de presos, entre nosotros y los de ETA.

Aún hoy la mayoría de los españoles ignora cuales fueron los verdaderos artífices de aquel golpe. Te aconsejo que busques en Internet “implicación del Rey en el 23 F”. Te sorprenderá la bibliografía llena de datos y testimonios que encontrarás.

Retomemos el tema en el que estábamos: mi historia. La muerte de Franco me cogió en el mar. Yo había embarcado rumbo a Sudáfrica en un pesquero. El capitán nos convocó por megafonía en el salón-comedor. Pidió calma y nos soltó el noticia: Franco había muerto. Algunos saltamos de alegría mientras que otros lloraron. Para mí aquello de ver al señor José llorar con desconsuelo fue de verdadero impacto: grande, anciano, peluquero ocasional del barco, habitualmente bromista... y resulta que franquista, pero además fanático.

Tanto se crispó el clima en el barco que Don Ignacio dejó que en popa llorasen la muerte del dictador y discretamente en la proa nos dejó festejar a los que nos alegramos. Fuimos respetuosos y sólo el trabajo compartido y el paso de los días hizo que la muerte del dictador se convirtiese en una incertidumbre para unos y para otros.

Walvis Bay era la ciudad que albergaba el puerto. En él descargábamos los bloques de merluzas ya congeladas. Namibia estaba como toda sudáfrica bajo el régimen del apartheid. Había un edificio muy moderno, todo acristalado, bonito y enorme, el más grande de la pequeña ciudad. El pueblo en sí era como un barrio residencial de ricos: chalets, caserones, calles impolutas y bien soleadas, tranquilas y sin apenas tráfico.

De vez en cuando veías a una señora negra vestida como la esclava de Escarlata y muchos jeeps de policía con perros enormes que inopinadamente frenaban a tu lado para ver tu reacción, cómo aquí hacían los grises. Tenías que hacer como si no fuese contigo, tú a lo tuyo, con los cojones de corbata, pero a lo tuyo; fue denunciada cómo la policía más bestial de la era moderna.

Resulta que allí sólo vivían obviamente blancos y blancas rubios y guapos. Los pocos africanos que veías tenían que llevar con ellos una carta de trabajo que justificara su presencia en el pueblo. Ellos vivían en chabolas a las afueras, en el desierto a bastante distancia.

Nosotros los latinos también éramos considerados raza inferior. Nos consentían por sus calles porque nuestros barcos con sus descargas proporcionaban ingresos económicos a aquellos, que además de portar los símbolos nazis, se enorgullecían del sistema creado.

Allí vi una de las escenas que más me han impactado en mi vida. Al llegar por primera vez al puerto el cocinero, uno de los plañideros de la muerte de Franco, me pidió que le ayudase a dejar en tierra el bidón con los desperdicios de cocina. El puerto estaba vacío, sólo se veían las naves y almacenes. Justo cuando posamos el bidón en el suelo, una centena de africanos se abalanzaron a por aquellos restos. Salté a cubierta despavorido, acompañado de una profunda pena porque vi con los ojos de un niño de 16 años cuanta hambre y cuanta desesperación había. En segundos apareció un jeep de la policía y la masa volvió a la nave de la que habían salido. Aguardaban allí la llegada de los barcos y de la orden para comenzar a descargar. Ese primer día también me señalaron hacia el agua: alejándose del puerto dos cuerpos yacían flotando.

África, su mar, la visión del desierto, dunas por miles que se perdían en el horizonte... Los colores son de unas tonalidades que no podrás ver si no vas allí, esa calidez única inolvidable

En los años de cárcel una y otra vez recordaba el cielo en alta mar. En total oscuridad, con tan sólo las luces de posición del barco, el cielo se veía inmensamente estrellado. Yo me ponía en una hamaca en la proa y en las noches de calma me quedaba absorto viviendo aquel espectáculo, sintiéndolo, porque si la proa se levantaba te daba la impresión de estar entre las estrellas, las manos se te sujetaban involuntariamente a la hamaca. Madre mía, la de noches que pasé en la celda intentando perderme en aquel cielo...

Cuando me metieron en la cárcel yo medía 1.81 m., cuando salí 1.85. Crecí durante 17 años. En un momento determinado comprendí que la cárcel te envilece o te humaniza, porque cada día, cada hora, cada insulto, cada injusticia se te metía hasta el tuétano,

Algunas noches un ruido espantoso te despertaba exaltado: eran los funcionarios para hacerte un registro a las tres de la madrugada.. Era un mensaje: tu vida les pertenecía a ellos y el sistema estaba pensado para ajusticiarte día tras día. Hasta pasados muchos años no me dejaron darle un abrazo a mi padre o a mi madre o a un sobrino pequeño, ni mucho menos a una amiga. La idea es clara: destruirte. El objetivo último de la tortura es anular tu personalidad, quitarte el sueño de que saldrás vivo. Por eso fue una fortuna que comprendiera el objetivo de mis enemigos.

Yo les devolvía poemas. La poesía, mi poesía, era un canto a lo que me quitaban: la vida y el amor. Eso me mantuvo cuerdo e impidió que me envileciera. Y en esta gigantesca labor conté con el apoyo de mis compañeros, al menos de gran parte de ellos, cómo también sé que pude ayudar a muchos.

Por mi carácter afable y mi veteranía yo intentaba hacerles aquello más fácil a los recién llegados. Después de ser curados de las torturas les recomendaba libros y charlaba con ellos igual que habían

hecho conmigo cuando yo ingresé en prisión.

VII

Volviendo a África, aquel día el Portu, Manolo y yo salimos a dar una vuelta por el pueblo. Nada más pisar tierra Manolo me dejó claro el motivo de aquel paseo: “Aquí o Portu quiere botar un polvo”. A mis 16 años las hormonas te golpean en las partes bajas y te duele. Acojonado porque yo nunca había estado con una mujer contesté: “Pues yo también”

La cuestión la conocía bien Manolo, así que nos dejamos guiar por él. Nosotros íbamos paseando, así, llamando un poco la atención. Ellas te sonreían y tú a cierta distancia las seguías, y si volvían a mirar y reían era que estaban dispuestas, así que guardando distancia por si aparecía la policía las íbamos siguiendo. A todo esto se hizo de noche. Se encaminaron por una carretera espectacularmente iluminada que se adentraba más y más en el desierto.

El Portu y yo temblábamos de acojone porque tanto él como yo éramos novatos y con aquel peregrinar ellas al fin iban para sus casas, pero nosotros: ¿qué podíamos decir a la policía? “Que nos hemos perdido” contestó Manolo. Terminamos separándonos de la carretera y nos encaminamos hacia lo que parecía un edificio desvencijado. Al parecer era el hospital para negros y mulatos. Si la poli te cogía te detenían hasta que tu capitán pagase una multa que ascendía a más de 200.000 pesetas que obviamente te descontarían de tu liquidación, pero a ellas las encerraban en campos de concentración.

El único problema de los blancos con este tema era que no querían que la población de mulatos creciese, porque para estos energúmenos nazis al ser mulatos eran medio blancos y la cuestión complicaba la situación ya que la población mulata “gozaba” de una parodia de parlamento. Aparte del de los blancos tenían otro para los indios. Había muchos porque aquello había sido colonia inglesa.

Bueno, pues aquella noche de terror y cielo hermoso y sexo, o algo parecido, fue mi estreno en los avatares del sexo, aunque abatir abaté poco, porque a los diecinueve ya estaba en la cárcel. Pero lo que marcó realmente mi vida me estaba aguardando aquí en España.

Tras la muerte de Franco ya en el mes de Marzo, concretamente el 3 de Marzo, en una huelga general en Vitoria, los obreros decidieron encerrarse en asamblea permanente en una iglesia. Los grises la rodean y tiran botes de humo. La gente sale asfixiada y los grises los reciben a tiros, masacrándolos. Hay imágenes, hay miles de testimonios, miles de casquillos de balas. Mataron a cinco obreros. Aquella masacre fue ordenada por el entonces ministro Manuel Fraga Iribarne. Hay imágenes de este individuo en TVE diciendo que esos trágicos acontecimientos tenían que ser tenidos en cuenta en meses sucesivos “porque el gobierno no se va a dejar presionar”, etc. Si buscas en Internet “sucesos del 3 de Marzo” podrás ver y oír las imágenes.

Esto es lo que me encontré al llegar a España. Hasta entonces sólo leía propaganda, pero mi amigo Victor ya estaba militando. Entonces suspendí mi vida marinera que ya estaba programada: marchar con el mismo barco tres meses a Boston al calamar y luego embarcar en un mercante que recorría todos los llamados por aquel entonces países Apolo, es decir, países comunistas amigos de Rusia.

Me comprometí, al principio sólo repartía propaganda. Era muy joven y no me dejaban entrar en los GRAPO Pero repartía comunicados y manifiestos que dirigían al pueblo. Incluso, y con el atrevimiento de la juventud otros compañeros y yo íbamos haciendo encuesta puerta por puerta y sorprende hoy pero en aquel entonces el secuestro de Oriol y del general Villaescusa contaba con el visto bueno de la mayor parte de las personas que entrevistábamos. Incluso nos avisaban que vecino era policía o colaborador. E incluso se asomaban por el balcón y si veían un coche de la policía nos avisaban

El primer amigo que hice al llegar a Vigo fue Víctor. Juntos comenzamos en la militancia pero con anterioridad anduvimos por diversas religiones para despejar las dudas que teníamos respecto a la existencia de Dios.

Desde luego si sus representantes eran los de la Iglesia Católica con nosotros que no contarán. No

conseguimos despejar ninguna incógnita en ninguna de las distintas ramas del cristianismo y lo fuimos dejando. Dejamos esas reuniones y dejamos de perder el tiempo. Simplemente dejamos de creer en Dios. Montábamos guateques y empezamos con nuestros escarceos amorosos.

Ya iniciada nuestra actividad política a él lo detuvieron con algunos otros. Cuando a los pocos días los soltaron yo lo tuve claro: marché a la clandestinidad. En cambio él lo dejó todo. Nuestras vidas se separaron.

Años después de salir de la cárcel pudo contactar conmigo: era novio de su novia de siempre, mi amiga Gloria, a la que no veía desde hacía tantísimos años. Aquel primer encuentro con ellos fue como viajar en el tiempo. Nos pusimos al día de los años pasados. Cuantos recuerdos. Y cuánto nos pudimos reír. Él tenía un cáncer de hígado y yo de pulmón y bromeamos sobre quién se iba a ir primero, pero bueno, parecía que los dos íbamos evolucionando bien. De hecho, el día que yo me reincorporé al trabajo después de un año de baja y me llamó Gloria, yo creí que era para preguntarme por mi primer día. Cuando me dijo que esa madrugada Víctor había muerto me quedé literalmente sin aire y me enfadé y me indigné.

Cerré el quiosco y marché para casa enfadado, muy enfadado, respirando con muchísima dificultad. En la operación me habían sacado la parte superior del pulmón derecho. No sé cómo pero me recompuse y esa misma tarde fui al tanatorio a estar con la gente que siempre le quiso tanto. Gloria no quería que yo fuese, no quería pero tenía que ir a verlo. No daba crédito. Miré su cadáver y le di una gran bronca en silencio.

Paradojas de la vida: Víctor se perdió cómo muchos jóvenes de aquellas generaciones por el mundo de la droga. De mi vida ya os estáis enterando. ¿Y Gloria? Pues Gloria, cuando de joven rompió con Víctor, se echó un novio que finalmente se metió a guardia civil. ¡Cuánto bromeábamos! ¡Vaya tres caminos que volvieron a converger prácticamente en el comienzo!

Si yo quedé mal tras la muerte de mi amigo imaginaos Gloria, que también tuvo su cárcel con aquel desgraciado matrimonio hasta que reunió fuerzas y se separó. Tiene tres hijas hermosas, cariñosas y muy entregadas a su madre. Una de ellas es guardia civil. ¡Quién le iba a decir a El Andaluz que fuese a piropear y a quedar embelesado con la hermosa guardia y además linda madre!

Pero Gloria sigue sufriendo. Apenas comenzaba a ser feliz. Tiene tanta razón para sufrir que a veces me quedo mudo. En algunas ocasiones consigo que ría y me encanta poder conseguirlo. Cuando le doy un abrazo temo romperla; comparada conmigo que paso de los cien quilos y mido 1.85 a su lado parezco un gigante y ella además parece que se encoge.

Quiero que se ría pero en ocasiones y sin yo pretenderlo sufre por mi estado de salud que me lleva una y otra vez por el hospital. Ya me pusieron un stent y le faltan algunas reparaciones más al músculo de la vida. Recientemente pasé además un mes en el hospital por un tromboembolismo agudo. A las farmacéuticas de calle Florida, donde vivo actualmente, cuando voy a por la medicación las hago reír. Me estoy tomando este derrumbe inminente del edificio con el mayor desenfado. Total, lo máximo que puede ocurrir es que te mueras.

Tengo otro amigo desde hace también muchos años. Trabaja también en la ONCE y cómo lo conozco desde muy joven le llamo El Niño. Es un chico bien parecido y deportista. Juega al baloncesto en silla de ruedas. Me tenéis que ayudar a buscarle una buena mujer. Alberto siempre ha estado ahí ayudándome y animándome y ya le prometí que no me muero sin saldar una deuda de 500 euros que me prestó para arreglar la moto.

Y Teresiña, trabaja de cajera en un supermercado en cuya puerta yo vendía el cupón. Sin ella quererlo me abrió el corazón. Es un espectáculo de risa y alegría. Y Manolo, que después de años trabajando en la misma empresa ahora está en la lista del paro como cinco millones más. Pero Manolo nos tiene preocupados a todos sus amigos y me siento impotente porque vivo lejos y no puedo estar encima de él para al menos darle una colleja y que espabile.

Mi gran amiga Patri, que además de estar año tras año intentando convencerme para que volviese a escribir también supo darme caña para que fuese al médico y gracias a ello estoy aquí, porque el cáncer no duele, pero me estaba devorando. Y luego, cuando volvía a estar mal y yo creía que era efecto de la operación, volvió a insistir y resultó ser del corazón. Lo consiguió porque es una mujer de carácter, pequeña pero no se corta y es capaz de darme un capón. Es un cielo, feroz, pero cielo. Y su marido Dani. Entre ambos regentan la cafetería Enigma en Chapela, donde trabajé y viví muchos

años. Pues bien, Dani tiene la virtud de ser vasco y el defecto de ser mi amigo. Sé que un día a un cliente suyo director de una entidad bancaria tuvo que ponerlo en su sitio cuando éste le quiso malmeter contra mí por mi pasado.

Además de todos éstos tengo un amigo muy especial: tiene poco más de un año. Me pide que le abra el quiosco (de la ONCE), que le dé las llaves de la moto y lo monte en ella y me hace correr tras él. Se llama David, cualquier día vence a este Goliat.

Todos los seres humanos deberíamos tener un amigo así. David, su tío Jose y su abuela Carmen son del quisco de prensa y chucherías. Y Tato, el peluquero que más me ha tomado el pelo en toda mi vida, pero es que ahora, como estoy de baja, me da por cortarme el pelo- Y José, el Figura, que si me tomo un vino o una sidra lo hago con él, que lo mismo arreglamos un equipo de fútbol (aunque a mí el fútbol no me gusta), que ponemos a los del PPSOE a caer de un burro, bueno, de un burro no, que éstos andan con “carros” de los buenos.

VIII

Los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, GRAPO, nacieron en 1975 como respuesta a la represión sangrienta del Estado. Hoy algunos “expertos” y al parecer antifranquistas te vienen a contar que el franquismo ya estaba dando sus últimos coletazos. ¡Joder con los coletazos!

Los setenta fueron años de terror. Lo que ocurre es que estos “expertos” se encontraban en Francia o simplemente no estaban. El 10 de Marzo de 1972 fueron abatidos a tiros por la policía antidisturbios dos obreros ferrolanos que se encontraban en una manifestación de protesta por encontrarse las puertas de los astilleros Bazán cerradas. En 1974 mataron a garrote vil al joven anarquista Salvador Puig Antich.

En septiembre del 75 fusilaron a cinco jóvenes, tres del FRAP y dos de ETA, y en espera había cinco más. El 1º de Octubre Franco y cientos de miles de falangistas celebraban la “victoria”, ya que a pesar de las presiones, de la petición de clemencia del Papa de turno y de las protestas de los embajadores extranjeros, la “dictadura”, decían, “había salido fortalecida por la mano dura del régimen”. Pues bien, justo en esa celebración los GRAPO, en cuatro puntos distintos de Madrid, ejecutaron a otros tantos grises.

Aún se conservan las imágenes en las cuales Arias Navarro se acerca al dictador y le susurra lo que está ocurriendo, que en un principio parecían decenas de policías abatidos, porque otros miembros de los GRAPO llamaban dando datos de falsos atentados. En esas imágenes se ve como se lo llevan hacia el interior del Palacio de Oriente. Nunca más se le volvió a ver con vida en público. Debían de pensar que con aquel “llenazo” en la Plaza de Oriente ya lo tenían todo bajo control.

Con Franco ya sabéis lo que pasó: murió con la muerte que tendría cualquier dictador de su talla, es decir, una muerte miserable con una asistencia médica a su altura. Pero ¿qué pasó con aquellos cientos de miles de falangistas que jaleaban la proeza de su líder? Según sus mismas fuentes en la plaza había un millón de personas. Vamos a dar por cierto que cabían todos esos. ¿Qué fue de ellos? Fueron las bases para la UCD, los democristianos, Alianza Popular, y los liberales (de donde salió Esperanza Aguirre), que finalmente fundaron el PP con Manuel Fraga a la cabeza

Y ese fue el origen de los GRAPO: militantes que estábamos cansados de la palabrería de Carrillo y demás, que proponían una reconciliación nacional cuando evidentemente la dictadura seguía fusilando, torturando, encarcelando y aterrorizando. ¿Qué reconciliación? ¿Qué libertades? ¿Qué sistema sustituiría al franquismo? ¿Qué olvidar y mirar hacia el futuro? ¿Qué futuro, si la dictadura seguía bajo los principios del nacional-catolicismo?

El enemigo más mortal que tuvo el Partido Comunista fue su propio secretario general Santiago Carrillo, y los del PCE tardaron lo indecible en expulsarlo, cuando el PCE ya estaba casi extinguido.

Por nuestra parte proponíamos un programa de cinco puntos: la amnistía general, la depuración de los cuerpos represivo y judicial, dismantelar las bases yanquis y asegurar las garantías necesarias

para convocar unas elecciones realmente libres (por ejemplo eliminando el constante ruido de sables que amenazaban con otra guerra civil).

En el estado descrito ¿qué reconciliación puedes hacer con tu verdugo? Además de los asesinatos oficiales que se producían en las manifestaciones el Estado se servía de los famosos “guerrilleros de Cristo Rey”, armados con pistolas y cadenas y que podías ver junto a los jeeps de los grises repartiéndose el “trabajo”, amén de comandos de “incontrolados”, como denominaron a los asesinos de los abogados de CCOO en el despacho que tenían en Atocha, y más y más y más.

El suarismo vino a ser más de lo mismo, un lavado de cara al exterior y a todos aquellos que, ingenuos o conformistas, claudicaron ante un sistema pseudodemocrático. Por no ceder no cedieron ni en la amnistía. Hubo que secuestrar a Oriol, Fiscal General del Estado y reconocido oligarca, y al general Villaescusa. Esto, unido a las decenas de miles de manifestantes que salían a la calle, dejando algunos su vida, (porque la policía “disparaba al aire pero siempre caía algún manifestante), fue lo que obligó a Martín Villa, ministro del Interior, a proclamar la amnistía.

En esos mismos días la policía consiguió recuperar a los secuestrados. Aunque en principio la amnistía era para todos y nuestros compañeros llegaron a firmarla (sus familias ya los esperaban en la calle), de repente el Estado volvió a recordarnos su esencia: los que habían participado en los secuestros quedaban excluidos. Este hecho nos vino a confirmar la necesidad de seguir practicando la lucha armada.

Esa ley de amnistía que de repente obtuvo el consenso de todos los partidos llevaba implícita la no investigación de los crímenes de la dictadura. Por ese consenso aún hoy más de cien mil personas siguen enterradas en las cunetas de todos los pueblos de España. Es una vergüenza que todavía hoy no sepamos con certeza donde enterraron a Federico García Lorca. Con su ejecución los sublevados dejaron claro cómo iban a desarrollar el golpe militar: sin piedad, sin el menor parpadeo. El suyo fue un asesinato mandado desde el Estado Mayor del ejército sublevado. Fue el general Mola el que dijo: “que le den café, mucho café”. Así fue su sentencia. ¿Conciliar el qué, Carrillo?

Todo aquello es esencial para entender los años posteriores de la historia de los GRAPO. Pienso que jugamos un importantísimo papel en aquellos momentos. Y por esa causa nos lo hicieron pagar muy caro, las fuerzas de seguridad contaban con la impunidad que les proporcionaban sus mandos el silencio de los Partidos como PSOE o PCE amén del absoluto silencio y complicidad de la prensa y la inestimable ayuda de los sindicatos que no dudaron en calificarnos de elementos de la extrema derecha. Mucha gente implicada en esta “cortina de humo” que permitió la caza, tortura o asesinatos de los miembros de los GRAPO

Más adelante os contaré cuando, cómo y por qué me expulsaron o me auto excluí de la organización.

IX

De niño iba con mis hermanos al colegio nacional, que era como se denominaba a los colegios públicos. El mío, para más “inri” se llamaba “Reyes Católicos”. Su directora era una adepta y una adicta al Régimen. No sé que cargo tenía dentro de la sección femenina de la Falange, pero era habitual verla vestida con el uniforme. Nos educaban temerosos de Dios y agradecidos al Caudillo. Era cruel como salida de una película de terror, hoy diría que salida de un cómic, pero siendo crío aquella parafernalia de formar levantando el brazo y cantar el “cara al sol” imponía miedo; ya ves, así comenzábamos la jornada escolar. Los profesores eran unos mendrugos 100% adeptos a los principios del nacionalcatolicismo.

Terminada la guerra había habido una verdadera “cacería” de maestros republicanos, así que muertos, en la cárcel o en el exilio, el Régimen tiró de los maestros nacionales, la mayoría más analfabetos que nosotros. Nos obligaban a correr y a hacer ejercicios aún bajo la lluvia o a pleno sol para “fortalecer nuestro cuerpo y nuestro espíritu”. Aplicaban a rajatabla aquel precepto de “mens sana in corpore sano”. ¡Cuidado!, que cuando te hacían cantar sus himnos te iban por detrás y oían si estabas cantando. Si no, lo mínimo que te ganabas era un varazo en las piernas desnudas (nos hacían ir con pantalones cortos) y frías a primera hora de la mañana, o te sacaban de la fila de una

oreja o de una patilla y te castigaban mirando a la pared durante horas.

Después de los cánticos repartían la leche en polvo que nuestros “amigos americanos” enviaban.

Las bofetadas, los palos en las manos hasta llegar a romperlos, eso es inolvidable. Si cuento los golpes que me han dado en mi vida y los convirtiera en euros tendría un plan de pensiones buenísimo. Bueno, a mí me los dieron en pesetas. Lo del euro ya me pilló en la calle. Si creásemos una asociación de niños maltratados por los educadores y diéramos testimonio, se os pondrían los pelos de punta a los que no conocisteis aquellos tiempos.

Alrededor de los once años yo ya nunca tenía deberes, vamos, que no abría ni un libro. En los exámenes ponía sólo el nombre; total, los golpes los llevabas igual... A los doce años yo ya era más alto que la mayoría de los maestros, con lo que por arte de magia dejaron de pegarme. No nos tocaban la “colita” ni el culito, pero eran igualmente abusadores.

Al final del último curso le devolví a mi madre algunos libros con el plástico del embalaje. Siempre le decían a mi padre: “es muy inteligente pero vago. No hace nada” Mi padre nunca me pegó, pero me daba mucho la bronca. Pasados los años, ya en la cárcel, mi padre se sonreía recordando aquellos años: “y ahora te pegan porque eres muy listo”

En la cárcel leí lo indecible, miles de libros. Estudié psicología y periodismo, pero por mi cuenta, autodidacta como siempre. En ocasiones les hacía los ejercicios a los compañeros que sí se habían matriculado, y por supuesto siempre que podía colaboraba con alguna revista, pero también depende de que año te hable, porque los hubo que no recibía ninguna carta que no estuviera intervenida. Yo tenía que entregar las cartas abiertas, un folio a doble espacio, y sin mencionar nada referido a mi situación. Luego apareció la figura de los jueces de vigilancia penitenciaria: entonces, sobre todo los presos comunes, empezaron a notar un poco lo de la “democracia”.

A mí me tenían en los últimos años en régimen “FIES”, Fichero Interno de Especial Seguimiento, con el añadido de “capacidad de organizar”, pero lo único que pude “organizar” fue un grupo de teatro aquí en la cárcel de Vigo tres años antes de salir. Con él conseguía ayudar a los que yo consideraba más perdidos y les daba la charla contra la droga. Aquí en esta cárcel por fin me dejaron en paz. Yo contribuía con mi experiencia y ejercía de interno de apoyo con presos en riesgo de suicidio. Por esta labor me redujeron tiempo en la condena.

Había un código implícito: al que pasease conmigo no podía pasarle nada. En un par de ocasiones vinieron a avisarme de que no dejara pasear conmigo a un chaval, Fernando “el Goma”. La verdad es que me la jugué, pero sabía que lo iban a matar. Lo que hice fue dejarme ver con él e inmediatamente conseguir que lo trasladasen a otra zona.

El director, a quien por cierto me suelo encontrar y saludar, sabía que si yo decía “es un problema serio”, lo era. Lo tenía muy en cuenta

En otras cárceles no siempre podías salvar a alguien y de repente veías como tres o cuatro presos apuñalaban a otro hasta quitarle la vida. Desde que comencé a escribir este libro ha habido momentos en los que realmente lo he pasado mal. Los recuerdos se agolpan y te golpean vívidos.

Tras mi salida de la cárcel es muy recurrente en mis sueños la tortura, la ansiedad, el traslado de una cárcel a otra, de una celda a otra, de una galería a otra, y tú estúpidamente intentas explicarles que ya cumpliste la condena, que te dejen en paz, pero si nunca escuchaban en la realidad, menos aún en las pesadillas.

Hay acontecimientos que más o menos los asimilas y quedan en el recuerdo, pero la tortura no. La tortura se te queda agazapada y te despiertas reventado.

X

¿Qué es lo más maravilloso que me podía ocurrir en la vida? El nacimiento de Lucía. Con cuarenta años fui padre. A partir del nacimiento de mi hija mi mundo interior se fue alumbrando. Hizo que rencores, amargura y odio que me asfixiaban fuesen diluyéndose. Conforme va creciendo más significa para mí. La vi llegar al mundo literalmente. Yo estaba a la izquierda de la matrona y apartaba con el pie las gasas ensangrentadas que ésta iba tirando (para que pudiese trabajar con más comodidad).

Cuando la madre de Lucía y yo nos juntamos, Pitusa ya tenía una niña de tres años, Ángela, un diablillo endiabladamente insufrible. Me dio muchos disgustos. Era una cría difícil y, mira por donde, después de separarme de Pitusa y transcurridos algunos años, me ha dado una de las mayores satisfacciones: la recupero como lo que siempre fui, su padre. Ahora las dos son mis niñas, una de doce y otra de diecisiete años.

Un mes después de que naciese Lucía iba yo en la moto y un fulano que ni respetó el stop ni que yo le pitara, me llevó por delante y salí disparado de la moto. Al llegar al suelo el casco se rompió por detrás. Tuve una conmoción cerebral que estuvo a punto de costarme lo que yo había defendido durante tantos años: mi vida.

XI

Capítulo aparte merecen mi hermano Juan y su familia. Mi hermano colaboraba ya en los años sesenta con el PCE en el que militaba el hermano pequeño de mi padre, mi tío Rafael. Mi tío solía venir a Cádiz desde Sevilla de “visita” familiar, pero aprovechaba y traía el periódico del PCE “Mundo Obrero” para repartirlo entre los militantes de Cádiz.

Imaginaos las peloterías que teníamos mi tío, mi hermano y yo, que estaba a la izquierda del PCE, pasados unos años: que si la democracia, que si la reconciliación...Broncas irreconciliables porque ellos iban a la legalidad y yo a la clandestinidad. Conste que entonces yo militaba en el PCE (reconstituido) y consideraba y considero un traidor a Carrillo y mi bandera era la republicana y la de ellos, en aras de la paz, se convirtió en la Nacional.

Juan, junto con sus hijos, montó una empresa que hacía puertas y ventanas, pero como a muchos del sector la crisis los obligó a cerrar y el banco les ha embargado la casa y el coche. Está en la más absoluta de las ruinas, porque como debía como autónomo a la Seguridad Social se quedó sin derecho a paro.

Tiene una familia a prueba de ruinas. Todos apoyan, todos arriman el hombro. Mi cuñada Meli es de esas personas que no las hundes ni con plomo. Tiene un genio que para mí lo quisiera yo. Hace magia en la cocina: con unas lentejas y no sé que más, te hace una comida exquisita. Tienen cinco hijos: Juan José, el mayor, muy responsable y trabajador; Inma, hermosa andaluza, piconera de la resistencia; Marcos, también arruinado, hipotecado y embargado, pero con un ingenio que le sacará de esta; Víctor, al que se le juntó la ruina matrimonial, pero tiene un corazón que lo salva y una niña que le transforma la expresión cuando está con ella; y la pequeña Anabel, portavoz de Izquierda Unida en el Ayuntamiento de Chiclana, luchadora, tenaz, comprometida las 24 horas con su causa, roja hasta el tuétano, cañera, azote de los peperos y pesoeros, linda en toda la plenitud de la palabra. Sé que aún dará mucho. Por allí ya la llaman Pasionaria.

Juan, después de este capítulo que te estoy dedicando públicamente, tienes que decidirte y ni embargos ni problemas de salud. Tienes que recuperar las ganas de vivir. Tu vida se la debes a tus hijos, a tu mujer y a ese montonazo de nietos y nietas que tienes y también a mí. Sal de casa, protesta, únete a la lucha, incorpórate nuevamente a la militancia. Dame una alegría y dime que has ido a una protesta. Venga, Juan, aún queda por conquistar una libertad verdadera. ¿Me prometes que vas a decidir vivir?, porque dentro de poco quiero bajar a Cádiz y más te vale que estés decidido. Un fuertísimo abrazo.

XII

Entre el 79 y el 81 en la cárcel de Carabanchel estaba la tercera galería. Era una cárcel, actualmente está derruida, con las galerías en forma de ataúd, construida especialmente para los presos políticos. La tercera galería tenía cuatro plantas contando la baja. Los presos políticos ocupábamos prácticamente un ala de la planta superior. Aquello estaba preparado para 600 presos más o menos, pero siempre había más del doble. Todo esto lo tenían que controlar dos o tres funcionarios. Aquello era monstruoso, tétrico, lúgubre. Ni las peores películas reflejan lo que

ocurría en aquella galería. Las violaciones y los ajustes de cuentas eran diarios. Hubo una temporada que moría un preso por día. Eso salió a la luz pública y entonces, de vez en cuando, entraban los antidisturbios y tras ellos los de la brigada criminal y se llevaban a algunos para interrogarlos sobre tal o cual muerte.

Los presos comunes nos respetaban, pero la droga fue haciendo estragos y el tipo de preso que entraba ya era muy distinto. La droga los volvía crueles e individualistas, a la par que colaboradores de los funcionarios. Por una papelina mataban a quien fuese. Entonces comenzamos a tener problemas puntuales, pero allí en aquel mundo no podías dejarte y eso nos obligó a mandar a más de uno al hospital. Curiosamente la política de no pasarse en la paliza nos sirvió de señal clara y aumentó nuestro prestigio: nosotros éramos tíos majos que no queríamos problemas. Nuestro único enemigo era el Estado.

Allí no podías dejar ir las cosas. Mi consejo para los nuevos, fueran o no compañeros, era evitar el enfrentamiento, pero una vez en él dejar claro que no ibas a retroceder. Las pocas veces que tuve problemas lo dejaba claro: si me tiras al suelo que no me vuelva a levantar.

Eso, y tener mil ojos ante cualquier situación peligrosa, más los años de experiencia, y aún así, cuidado con a quien le dabas la espalda. En aquella galería reinaba el terror de las bandas por controlar el tráfico de drogas e incluso el alquiler de los colchones. Los únicos exentos de pago éramos los presos políticos.

En aquella famosa galería viví un percance que os tengo que contar: había una guardia muy conocida porque la componían los funcionarios más furibundos. De vez en cuando se juntaban de varias galerías y por la noche se llevaban a algún preso a las celdas “especiales” (que yo conocí bien) y le daban una paliza. De hecho en una de estas palizas habían matado a Agustín Rueda, un preso anarquista. En aquellos momentos yo estaba aún en la calle y los GRAPO respondieron ejecutando al Director General de Prisiones, Jesús Habab.

En la galería tuvimos una bronca por el tema del espacio, ya que estaban aprovechando que sólo éramos cinco de los GRAPO y nos lo estaban reduciendo. De aquella yo era el responsable del grupo y como no había forma de parar la merma de espacio decidimos plantarles cara. Esperamos al turno de esta guardia. Cerraron las trescientas y pico celdas y sólo quedábamos nosotros en la planta superior a la espera de que subieran.

Todos los presos estaban al tanto de lo que iba a ocurrir. Discutimos lo habido y por haber, pero yo había dado la orden de que nosotros no hiciésemos nada hasta que ellos nos pegaran. La galería crujía de patadas y gritos de apoyo de los cientos de presos que compartían el odio a esa guardia. Cómo el pasillo era estrecho y la barandilla poco fiable, ellos no se atrevían. Yo les decía: “Vamos todos para abajo”. Se lo pensaron muy mucho, pero al final uno de ellos soltó el primer golpe. Cómo aquel otro día uno a uno fueron metiendo a los compañeros en las celdas y gritaban: “A Veloso el último”. Querían darme algo “especial”, pero era tanta la tensión que no me dolió ni una. La puerta la abrieron con mi cabeza mientras la galería estallaba con gritos de ¡Vivan los GRAPO! Luego ya comenzó el dolor. Después trajeron a los antidisturbios y uno a uno nos llevaron a las celdas especiales. Nos preparamos para lo peor, pero ya les había avisado de que si nos volvían a tocar nos iban a tener que matar.

Allí nos custodiaban los antidisturbios, aunque cerrar y abrir las puertas lo hacían los funcionarios. La celda era de cemento y ladrillos sin revestir, el suelo sin terminar de hacer (la cárcel quedó a medio construir porque el dinero había desaparecido y como además aquellas eran las celdas de castigo no se molestaron en terminarlas). La ventana era grande pero le faltaban cristales, así que en pleno diciembre madrileño te congelabas. Después de mucho protestar y algunos tira y afloja con los médicos conseguimos que repusieran los cristales.

Después de dos meses de aislamiento nos devolvieron a la tercera galería. Al poco de estar allí los de ETA hicieron un motín por la mañana y sin avisarnos montaron la de San Quintín. Se negaban a ser trasladados a otra cárcel. Inexpertos, no se les ocurrió sino utilizar como barricadas las camas pero con los colchones, así que cuando los antidisturbios quisieron entrar lo tuvieron muy fácil: el humo de los colchones nos ahogaba.

Nosotros no participamos en aquello. Cuando entraron los antidisturbios cerraron todas las puertas, sacaron a los de ETA y a nosotros nos dejaron para el final, a pesar de que los funcionarios

les decían que nosotros nada teníamos que ver. Ellos, a patadas, a culatazos. Le dieron un empujón a un funcionario (los había muy majos) que casi lo tiran escaleras abajo y más de uno se llevó una patada por interponerse.

De la tercera galería nos llevaron a la sexta. Ésta era por plantas y aquí tuvimos que ponernos a la faena. Me explico: no íbamos a convivir con el policía “incontrolado” que, junto a dos ultras, secuestró y mató a Yolanda González, líder estudiantil, cuando ya estábamos en la pseudodemocracia. Tampoco con los de la colza, ni con los del Batallón Vasco Español, un guardia civil que junto con otros dos ultras, mató a un joven vasco, o con los que pusieron una bomba en la revista de humor “El Paps” y mataron al portero. También eran unos “incontrolados”.

A los de Atocha se los acababan de llevar, y a Espinosa, que atentó contra el líder canario Cubillo y que acusó directamente a Martín Villa de haberle encargado el “trabajito”. Menos a éste último, que no sabíamos que estaba, a todos los demás les dimos un plazo razonable y marcharon. Nosotros sólo éramos cinco. A Espinosa lo descubrimos porque un preso independentista catalán nos lo dijo y le dimos “caza” porque además de lo de Cubillo, con anterioridad se infiltró y facilitó la caída del Comité Central del PCE(r). Sólo le dimos un par de “hostias” y un par de patadas. No éramos tan malotes. Esto lo contó posteriormente en una entrevista en Interviú en la que se reconocía como agente del Estado, pero, sabiendo que lo podíamos reconocer, nunca dijo las verdaderas razones por las que estaba allí.

Para terminar de hablar de los “incontrolados” os diré que, sin que yo lo supiese, estando en la enfermería de aquella cárcel, se paseó conmigo Ricardo Ynestrillas. Le tuve que prohibir que pasease conmigo porque mostraba su odio visceral hacia todo lo vasco. Él sí sabía quien era yo y ya cuando lo sacaron de allí conocí su identidad por un funcionario que conocía de la tercera galería.

Algún tiempo después, en la celda de ingreso de Alcalá Meco, donde nos encontrábamos hacinados unos setenta presos, fueron sacando uno a uno a todos menos a mí y a un chaval joven que por su aspecto deduje que era estudiante. Me invitó a un pitillo, pero me di cuenta de que estaba muy nervioso. Me preguntó si era cierto que yo era de los GRAPO y yo se lo confirmé. Le pregunté por qué estaba ingresado en Meco y me dijo que venía de no sé qué cárcel. Al chaval se le veía que era muy infantil e ingenuo. Me hizo prometerle que no le haría nada. Se lo prometí. Era familia de alguien al que ETA había matado y ya me puso nervioso a mí, así que le insistí y me contestó que estaba allí porque al día siguiente iba a declarar contra Amedo y Domínguez, que lo habían embarcado en la historia de los GAL.

Llamé al funcionario y, por las risas que oí, supe por qué lo habían dejado solo conmigo. Le dije que se tranquilizase, que no le iba a hacer nada. Su apellido era Oriol, pero no era de la familia Oriol que habíamos secuestrado. Ciertamente al día siguiente salía la noticia en la tele y el chaval acusando a estos dos “incontrolados”. Lo habían utilizado para dar a los GAL un matiz de familiares de víctimas justicieros con sed de venganza. Nada más alejado de la realidad. El chaval decía que iba a declarar contra ellos por sentirse utilizado.

XIII

Vivía yo en Barcelona cuando la jefa de mi comando me dijo que íbamos a tener una reunión con un responsable de los GRAPO. El objetivo de aquella reunión era que yo volviese a Galicia a reorganizar al grupo. Era el que más gente conocía y había vivido en las principales ciudades de Galicia. Sin embargo la cuestión importante era el cambio de perspectiva que le íbamos a dar a la lucha armada. Se trataba de crear una buena infraestructura, reclutar a nuevos militantes y apuntar hacia arriba: ejecutar caciques como Franqueira, los Rosones... ese tipo de objetivos eran los que nos íbamos a marcar, y por supuesto, Manuel Fraga.

Cuando me detuvieron los inspectores cogieron servilletas con apuntes que yo iba haciendo en los viajecitos a Lugo capital. Tras el secuestro de Oriol y Villaescusa Fraga era el siguiente en la lista, pero bueno, la vida transcurre y quizás subirá al cielo junto con Pinochet, dos viejos venerables Padres de la Patria, Pinochet de la dictadura y Manoliño de la tan cacareada y violada Constitución.

Cuando vayáis caminando por el cielo, si San Pedro os deja entrar, pues bien, cuando vayáis conspirando, tened cuidado que algún angelito puede quitar a vuestro paso una tapa de alcantarilla y caeríais al infierno Allí expulsáis a Satanás, que seguro que en EEUU le dan asilo, y montáis un régimen a vuestro estilo, con esa cohorte de aduladores eternos, mientras aquí en la Tierra quién sabe si os beatifican.

XIV

Mi primera gran disensión con mis compañeros fue provocada por el atentado de ETA en Hipercor. Mi postura y la de algunos compañeros era la de criticarlo públicamente y condenarlo: si no quieres que pueda pasar algo así, no pongas una bomba en un lugar concurrido. Era así de simple y punto. Dejarlo pasar como un accidente o una tragedia no deseada era encubrir tal brutalidad. Ninguno de nosotros estaba de acuerdo con lo ocurrido.

Durante un par de días compartí patio con De Juana Chaos, uno de los principales imputados por este atentado, y él se limitaba a decir que ellos habían avisado con tiempo a la policía para que desalojaran. Mis compañeros se decidieron por el silencio, pero yo, en minoría, les dije que al menos a mis amigos y familiares les diría lo que pensaba. El argumento de aquellos que en teoría decían estar de acuerdo con mi postura, era que “nuestra condena sería utilizada por el enemigo para atacar al movimiento vasco”. Lo de que “el enemigo puede utilizar esto” fue algo que a la postre sufrí yo mismo.

Luego tuvimos un gran enfrentamiento que se saldó con la división material de la Comuna. A algunos compañeros les dije que se quedasen allí y cinco de nosotros nos trasladamos a una mini galería que había en la cárcel de Soria. La explicación que se dio en todo momento por la facción que yo encabezaba fue que los motivos eran de índole interna y que apelábamos a la intervención de la dirección para que aquel conflicto llegara a resolverse.

La dirección tardó en manifestarse, pero finalmente nos instó a volver a la Comuna. Lo hicimos y discutimos sobre un documento que la dirección había elaborado sobre el Centralismo Democrático y que, en teoría, daba y quitaba razones a ambas partes: los unos habíamos actuado de forma liberal y los otros de forma dogmática.

El documento nos volvía a unir, pero supe que el fondo ya estaba roto. Vi actuar de forma tan fanática a compañeros con los que me había criado, que llegué a temer el daño físico y dos compañeros de la minoría siempre me cubrían las espaldas. Aunque teóricamente estábamos de acuerdo en la práctica esto no era real: me hicieron algo parecido a lo que debieron ser las purgas en la URSS y, reunión tras reunión conmigo a solas, me machacaban para obtener de mí una autocrítica que nunca realicé. Hasta entonces tenía la responsabilidad de coordinador de redacción de la revista “Área Crítica” y de las colaboraciones con la revista del partido “Resistencia”. Me “degradaron” a simple recopilador de noticias de la prensa nacional. A los compañeros que me habían secundado los machacaron también con reuniones y, en su gran mayoría, aceptaron la autocrítica.

Comprendí que el ser humano se corrompe por sus debilidades: ansia de destacar, egocentrismo, falsedad y desear tener más mando que los demás. Veía que tenían mucha prisa. Algo estaba a punto de ocurrir y querían sofocar la disidencia cuanto antes.

Yo había pertenecido a lo que conocíamos por comité ampliado, militantes que sin ser de la dirección, eran consultados o participaban en según qué reuniones. Cuando la antigua dirección fue trasladada a otras cárceles, la que se formó nueva no sólo no contó conmigo (a pesar de las indicaciones de los antiguos dirigentes) sino que con la excusa cara al exterior de que siempre me tenían al tanto, realmente me excluían cada día más. Sabían que me iba a oponer a lo que se avecinaba: la huelga más larga y costosa que realizamos nunca. No se equivocaban, pero el chantaje de las mayorías y el ojo avizor del enemigo hicieron nulas mis críticas. De hecho la huelga era para que nos volvieran a reunificar y el efecto que se consiguió desde el primer momento fue la dispersión de todos, cada uno en un punto distinto.

El apoyo que habíamos calculado necesario para realizar la huelga de hambre no apareció por

ningún lado. En vez de realizar un secuestro de envergadura y movilizaciones en la calle para obligar al Estado a rectificar, se quedó en ejecuciones sin ton ni son. Sólo las movilizaciones de familiares y amigos consiguieron que pronto se supiese a nivel de medios de comunicación lo de nuestra huelga. Yo no estaba de acuerdo con ella, pero me puse en huelga en solidaridad con mis compañeros. Los últimos que quedábamos en Soria éramos críticos con el planteamiento de esta protesta.

Había un compañero de la dirección que iba a salir por cumplimiento de condena. Redactamos una carta para la dirección de la calle, pero fueron contundentes en su respuesta: la huelga estaba teniendo éxito y no había negociaciones que la pararan. Estuve en estado precomatoso y llegado a ese punto no estaba dispuesto a morir por un error y una mezcla de soberbia y sinrazón.

Me trasladaron a la cárcel de Tenerife. De vez en cuando me ponía un mes en huelga en solidaridad con los demás. Dejé pasar el tiempo. Terminó la huelga con un triste balance. Triste y trágico porque costó vidas y secuelas irreversibles a muchos compañeros. Nos quebró a todos... ¡y el balance oficial era de éxito por la repercusión a nivel nacional e internacional.

Repercusión sí, pero sin un solo objetivo cumplido. Tuve clarísimo que no iba a dejar que aquello quedase así, e hice primero un análisis crítico de la fatídica huelga y luego pedí una explicación de por qué todo se había salido del guion previsto. La contestación, una y otra vez, era que el enemigo nos observaba, que no era el momento.

Volví a dar tiempo, pero nada me indicaba que algo fuese a cambiar. Conste que el principal responsable de los daños que sufrimos fueron los ministros de turno del PSOE. Las demás responsabilidades siempre las deje en segundo término: Enrique Múgica dejó bien claro que aplastaría a la Comuna Carlos Marx.

Un día me desperté con la noticia de que los GRAPO, al intentar asaltar un furgón de Prosegur, habían provocado la muerte de dos guardias de seguridad y la de tres compañeros que, según el proyecto, no debían estar allí, sino fortaleciendo el partido, organizando los comités locales, regionales, el Comité Central... Y yo allí, aislado por unos y por otros. Hasta ese día no me di cuenta de que la lucha armada de la que tanto se teorizaba era lo contrario de lo que habíamos pretendido. Se nos había vuelto en contra. A mí me enviaron un emisario, abogado, para advertirme seriamente de que si seguía así, quedaría fuera de los GRAPO y del partido. Eso lo único que provocó fue revotarme más, a la vez que me dejaba claro el poco futuro que me quedaba bajo las siglas de los GRAPO y del PCE®.

Recibí la visita de varios interlocutores del Estado. Sólo reconocí a Ramón Lillo, habitual interlocutor en las diversas negociaciones entre los distintos gobiernos y los GRAPO. Tenían una carta mía bastante elocuente. Se habían hecho con ella por la traición de un preso común al que se la di para que la hiciese llegar a una persona, pero él me reconoció luego que se la había entregado a su abogado y éste, obviamente, a la policía.

La propuesta de los emisarios era que yo liderara a los compañeros que me habían secundado cuando nos separamos. Les dejé claro que en ningún momento lideraría ninguna facción. Yo sólo hablaba por mí y por nadie más. Redacté un documento en donde decía que la lucha armada sólo provocaba desgracia y que pegarle un tiro a un guardia civil quedaba lejos de cumplir un objetivo revolucionario. Sacaron partes de este documento en la tele, en la radio y en los medios escritos. También un histórico de ETA, Isidoro Echave, había redactado otro documento en parecidos términos.

Me propusieron que pidiese un indulto y quedé en pensarlo. Menos mal, porque a los pocos días salió que Amedo, Domínguez y Álvarez (todos ellos condenados por delitos de los GAL), habían pedido un indulto. Me olí la maniobra: si Isidro y yo también lo pedíamos, era algo que ayudaría a ponerlos en la calle y estos elementos aún tenían mucho que decir, cómo así se demostró cuando se les denegó el indulto.

A los pocos meses me trasladaron a la península con destino a la cárcel de Vigo. Aquello fue un periplo de despropósitos, golpes y malos tratos. Aquel traslado duró más de dos semanas. Me iban dejando por varias cárceles y la guardia civil, fiel a su historia, me golpeaba y me escupía. Querían que les respondiese, así tendrían una excusa para machacarme. Llegué a la cárcel de Vigo esquelético y magullado. Me decían: “¿Pero no te traían aquí para ponerte en libertad?”

La libertad aún tardó tres años en llegar. En esta cárcel elaboré un documento en el que proponía una solución “a la alemana”. Allí la “Fracción del Ejército Rojo” deponía las armas y buscarían la alianza con colectivos sociales y otros grupos de izquierda. La salida de los presos sería paulatina pero ininterrumpida. Se trataba de cambiar las armas por un potente Movimiento con el que ir avanzando en la conquista de objetivos para organizar una Izquierda Revolucionaria.

XV

Al poco de llegar a la cárcel de Tenerife los funcionarios me llevaron junto al director del centro. Teníamos la misma edad. Era una persona coloquial. Me confesó que unos años atrás también había pertenecido a un partido de extrema izquierda: “en algún momento tú y yo hemos sido compañeros”. “Pero mira donde estás tú y donde estoy yo” le respondí.

Era un director muy progresista. No consentía que ningún funcionario maltratase a los presos. Había trabajado en el Salto del Negro, que es como se llama la cárcel de Las Palmas de Gran Canaria. Pues bien, había presentado denuncias contra algunos funcionarios por malos tratos a los presos, y sus propios compañeros le pusieron una bomba en los bajos del coche. Se salvó, pero estuvo amenazado mucho tiempo y no retiró las denuncias.

Era poco el personal de la cárcel que dirigía que hablase bien de él y me dio una explicación: gran parte de la plantilla con la que trabajaba eran funcionarios expedientados, así que él era el vigilante de los presos y de los funcionarios. Tenía conocimiento de que algunos traficaban y aunque albergaba certeras sospechas nada podía hacer, así que se centraba en que no maltrataran a los presos.

Dio permiso para que cada vez que le tocase el turno a mi módulo de ir a la piscina me llevasen a mí. Salí del despacho creyendo que era una broma, pero resulta que cuando se lo comenté a los funcionarios de vuelta a mi módulo, cogieron por otro camino y me llevaron hasta la piscina. Estaba en una zona ajardinada y asfaltada como una calle.

El día que nos tocaba fui yo solo. Cuando después de once años de cárcel me tiré al agua, me pareció un sueño. Viví una sensación de libertad absoluta al sumergirme en el agua y estuve no sé cuanto tiempo saliendo y volviéndome a sumergir, hasta que el funcionario que me custodiaba se cansó y me dijo que ya volveríamos otro día. Cuando llegué al módulo fui junto al que llegó a ser mi amigo Elías, un preso de ETA nacido en Bermeo con el que pasaba las horas hablando.

Al poco un preso me regaló un televisor pequeñito en blanco y negro y el director me lo autorizó. En las largas horas de celda (sólo podía salir dos horas por la mañana y dos por la tarde), la tele fue para mí como una ventana pequeña, casi un agujero, por donde podía ver películas, reportajes de la naturaleza y las noticias.

En una de las huelgas que hice (porque a pesar del director yo reivindicaba mejoras como comunicaciones, llanadas de teléfono, etc.) terminé en la enfermería y allí ocurrió algo que os tengo que contar para que veáis las vueltas que da la vida: vino un preso y muy discretamente me dio una noticia a la que no di crédito hasta que me enseñó el periódico. Había ingresado en prisión un subcomisario de policía que, aprovechando que su mujer era directora de tráfico, hacía negocio con carnets de conducir falsos. Pero aún había más. El periódico hablaba de los grandes servicios que había prestado a la democracia. En concreto había matado a un compañero que salía de la boca del metro justo donde había centenares de militantes de la CNT que testificaron de qué forma el inspector había ejecutado a Juan Carlos Delgado de Códex, dirigente del partido, no de los GRAPO. No iba armado. El compañero no se debió de enterar siquiera, ya que lo mató por la espalda. El periódico daba su nombre, Juan Carlos Salgado Sánchez, uno de los que me habían estado torturando cuando me detuvieron.

Bajé hasta donde estaba, en la garita de los funcionarios. Lo reconocí. La puerta de cristal estaba cerrada. Los funcionarios se pusieron nerviosos, nunca me habían visto así de exaltado. Les dije: “si me lo ponéis delante...” y me pasé el pulgar por el cuello. Él parecía un gordito inocente con cara de asustado. Se lo llevaron a unas celdas protegidas y hablaron conmigo, que por supuesto fui sancionado. El fulano estaba tan aterrorizado que, a través del preso que le limpiaba la celda, me

mandaba recaditos en plan de “eso ya pasó hace muchos años”, etc. Yo al preso que me traía los recados le decía: “tú dile que esta noche le voy a quitar las llaves a los funcionarios y le voy a hacer una visita para discutir sobre lo ocurrido durante mi detención”.

Al final los médicos me llamaron para apelar a mi humanismo y compasión y yo les dije la verdad: “Joder, no le voy a hacer nada, pero si me lo ponéis a mano no respondo y por lo demás, decirle que deje de enviarme recaditos”.

Me dijeron que estaban inyectándole tranquilizantes. “Eso es por su mala conciencia, por todos los crímenes y abusos cometidos”. A los pocos días salió bajo fianza. A mí me sacaron para ir a hacerme una prueba en el hospital de La Laguna, pero antes de salir un antidisturbios me dio una patada en la espinilla de parte del subcomisario.

Yo solía ponerme en una ventana que daba a una especie de cruce de caminos. Por allí pasaban las chicas presas para ir al médico o al salón de actos. Así conocí a Carmen, una presa que era de Pontevedra.

Comenzamos a cartearnos, a decirnos cosas bonitas, y así nos alegrábamos los días. Cuando pasaba miraba hacia arriba y nos saludábamos. Según la funcionaria que la acompañase, a veces, cuando le tocaba ir al salón de actos donde estaban ensayando una obra de teatro, pasaba más cerca y nos dejaban hablar.

Un día me avisó de que al siguiente iban a representar la obra, pero el salón de actos era un sitio que, por su cercanía a la puerta de la calle, por lo general no me dejaban ir, y aquel día no me dieron permiso. Salieron todos menos yo. Esperé y en un descuido escapé corriendo.

La puerta del salón estaba cerca. Entré. Estaba abarrotado. En primera fila se encontraban el director y otros personajes. Había sitios vacíos y me senté. Cuando Carmen me vio allí no daba crédito. Acortó su diálogo y en vez de ir hacia detrás del telón saltó hacia las butacas. Nos dimos besos y arrumacos.

Terminó la obra y salió todo el mundo. A ella la vino a buscar una funcionaria. Marchó mirando hacia atrás y temiendo que los guardias que comenzaron a entrar y me ordenaron esperar me hiciesen algo, pero no me hicieron nada. Me escoltaron hasta la puerta de la enfermería y allí me dejaron. Sólo un funcionario me recriminó mi atrevimiento, ya ves tú, recriminarme ir a besarme con una chica. Fue un escaqueo amoroso. De hecho, cuando estábamos tramitando los permisos para tener un bis a bis la trasladaron a la península. Bueno, fue una relación amorosa al fin y al cabo y llegó hasta donde llegó.

Ella salió en libertad y desgraciadamente volvió a engancharse a la heroína. Cuando me confesó por carta que estaba de nuevo enganchada me decía: “Ya ves, tú un héroe y yo una heroína”.

En la cárcel de Tenerife escribí una novela pero no la di por terminada. Tenía que corregirla y buscar un final que me convenciera. Salió conmigo de la cárcel pero la perdí. Se titulaba “Crónica de Per”.

Era una historia fantástica que tenía como protagonistas a un ser longevo y a un gigante en los comienzos de la civilización humana. El gigante, cuyo nombre no recuerdo, medía diez metros de alto. Esta figura estaba inspirada en una leyenda del Perú que dice que allí vivieron seres gigantescos.

Per era transportado en una plataforma construida con pieles por su amigo y elaborada por él mismo. Atendiendo a sus necesidades, en ella llevaban alimentos varios y agua, algunas armas para su defensa y poco más. La plataforma colgaba del cuello del gigante, así mientras caminaban podían ir hablando, el gigante poco, pero Per era afable y le gustaba comunicarse. Iban en un éxodo constante en busca de algún lugar o civilización en donde asentarse.

Per tenía un espíritu inquieto y lo poco que había conocido le había abierto el apetito de conocer más. No se conformaba con lo que conocía y cuestionaba todo lo que sabía. En él quise reflejar a los humanos que lucharon en aras del conocimiento.

En muchos momentos estos seres longevos estuvieron a punto de perder la vida, mejor dicho, Per, ya que se atrevía a bajarse de la plataforma y se exponía a ser hecho prisionero, esclavo o incluso exterminado. Gracias a la descomunal fuerza del gigante lograron huir de Sumeria, donde los

sacerdotes conocían el arte de las hierbas y tendieron una trampa a Per. Querían apresarlo para utilizar a su gigantesco amigo como máquina de guerra casi infalible.

Casi consiguen drogar al gigante pero no calcularon bien la dosis y se dio cuenta de la trampa, así que agarró a Per, lo montó en la plataforma y salieron de allí perseguidos por legiones de guerreros, que en vano se empeñaban en derribar al gigante, De vez en cuando él se daba media vuelta y se agachaba. Luego con una mano barría a los feroces guerreros.

Además de su altura y fuerza el gigante iba bien pertrechado con pieles curtidas capaces de parar una flecha o una lanza que de por si bien poco le harían. Pero el gigante, más veterano que Per, sabía de la malicia humana. Ya había participado en otros enfrentamientos antes de conocer a su amigo, con lo que una vez más salieron indemnes de esta nueva aventura.

Para escribir esta novela había recabado decenas de libros de historia y de revistas de divulgación. En gran medida el material me lo facilitaron los maestros y asistentes sociales de la cárcel. Era obvio que preferían que estuviese escribiendo. Conservo el argumento, pero los datos y la elaboración literaria sinceramente no los recuerdo y ahora mismo no me voy a poner a rescribirla, aunque mira tú, sería un buen reto.

De todos los poemas que escribí sólo conservo unos pocos, en su momento os los iré mostrando. Aunque fui yo el primer sorprendido, la Universidad de Colorado me envió un Certificado por Excelencia. Me lo otorgaron por un texto poético que la licenciada en literatura castellana utilizó como muestra de la literatura española actual, y conste que los yanquis no salen bien parados en ese texto, pero a la profesora Teresinha Pereira, de origen brasileño, le gustó.

Acaban de dar la noticia de la muerte de Manuel Fraga. Larga vida a la memoria y no olvidemos quién fue. Lo dicho de él dicho queda.

En estos días he recuperado un libro de poemas: la mayoría son míos. Es una antología de poemas de algunos presos. La presentación también es mía. El título “Porque vivimos” y la editorial ContraCanto. Quiero mostraros algunos párrafos de esta presentación y a lo largo del libro os transcribiré algunos de mis poemas. Recogen distintos años de cárcel y mi evolución.

“Es difícil ver la hermosura, más difícil definirla y muy peligroso defenderla, pero el poeta revolucionario tiene que aprestarse a ello. La hermosura puede ser un niño durmiendo con los labios aún manchados de leche o luchar codo a codo con todos aquellos que desean que el mundo sea organizado sobre bases de justicia e igualdad humana. ...Estamos en la era moderna, esa en la que el capitalismo ya ha llegado a su cuota de desarrollo. Está la fruta ya podrida y tiene que caer, por eso zarandamos el árbol, para que caiga, para pisarla, para hacer desaparecer esta sociedad infecta...”. Esto lo escribía en el 88 y por supuesto lo sigo manteniendo.

LA TORTURA

Si te rompen los tímpanos
No mires hacia atrás. Te reventarán
Los labios
No escupas la sangre
No te quejes porque querrán oír tu
Confesión
Si los oyes comentar
“El jefe tiene problemas”
Y uno dice “se volverá a presentar”
Y otro afirma “sí, a las próximas”
Y un tercero exclama “nuevo programa
electoral”
Y otro por la espalda te da una patada
Y otro grita “es una broma”
Y sangras, no escupas
Te obligarán a lamer el suelo

¿Que qué cambia en un ser humano
Cuando ha sido torturado?

Os transcribo un fragmento del poema que daba título al libro

Porque vivimos
Por eso brota el trigo de la tierra
Como una mujer morena desnuda.
Por eso el beso
Recorre las murallas pintadas
Y te pintan de saliva hasta las pestañas
Por eso Mayo tiene un día y la historia tiene su 1º de Mayo
Porque sentimos, porque somos explotados, perseguidos,
Encarcelados
Porque en nuestras manos está el mundo y nuestras manos
Están
Encadenadas

XVI

“Papá, no hay día que no piense en ti, que no te mencione, como si yo fuese una orilla y tú las olas que rompen en mí. Me invade una pena inmensa, me ahogo de tristeza cuando recuerdo tu mirada tras el cristal y las rejas. No hay nada que yo pueda hacer para abrazarnos porque ni eso nos permitían. Muchos años sin charlar contigo, sin darte la bronca para que no se te fuesen las ganas de vivir. Muchos años sin que vengas a comunicarte conmigo, años sin ver tus ojillos llenándose de lágrimas cuando recordabas a tus hermanos.

Años sin recibir tus cartas en donde acordamos que me irías contando tu vida para que yo pudiese escribir un libro relatando las reuniones que tu padre, José Díaz, panadero como tu hermano “desaparecido”, tenía en tu casa para organizar el PCE . Y muchos años llevo sin escribir este libro, con un vacío dentro de mí que me ha costado ir llenando”.

En Tenerife ocurrió otra cosa que os tengo que contar. Fue la vez que más pequeño e insignificante me sentí:

Mi padre fue ingresado en el hospital con cáncer de páncreas. Sólo me permitían una llamada cada quince días o cada mes, según le diera al jefe de turno. En su última carta realmente se estaba despidiendo de mí. Me pedía que saliese de allí, que dejase la organización. La vuelta al capitalismo en la URSS, y lo que se supo de lo que allí estaba ocurriendo de corrupción y degradación, lo terminó de hundir.

Cuando le contesté lo hice con el máximo cuidado. Ya estaba en confrontación con la organización y le pedí que me diese tiempo. Mi madre me dijo cuando salí que solía decirle: “mi Paquito no sale con vida de la cárcel”. No quiso seguir viviendo. En el hospital dejó de comer. Cuando se consiguió que reaccionara ya era tarde.

Aquella noche yo dormí ignorante de lo que había sucedido. Soñé su muerte y ya al levantarme me puse a escribir sobre ello. Un compañero de celda me dijo que había hablado de noche y que qué era lo que escribía. Le dije lo del poema. “¿Ya murió?”. Me encogí de hombros. Justo en ese momento un funcionario se me iba acercando y dije lo que me venía decir: que mi padre había muerto. A pesar de que la ley me amparaba no me trasladaron. Sólo me dejaron hacer una llamada de teléfono y con el tiempo limitado.

Nunca he creído en una posible vida en el más allá ni en el cielo, ni creía ni creo en Dios. Creo en el materialismo dialéctico, en el marxismo, Sin embargo, esa despedida que soñé con mi padre fue tan profunda, tan cálida, que abrió la duda en mí. La telepatía o lo que fuese que ocurrió aquella noche justo cuando mi padre murió y una serie de experiencias que viví estando absolutamente

aislado, me hicieron dudar, y creo que no es cómo yo sostenía (se apaga el interruptor, se acaba la función). No lo puedo sostener, sería deshonesto por mi parte.

XVII

Dos meses después de la operación de pulmón mi radio de paseo se fue ampliando. Subía una cuesta y llegaba hasta un quiosco de la ONCE donde le compraba el cupón a una compañera.

Un día me presenté y le dije que yo también trabajaba en la Once, pero que estaba de baja por lo del cáncer y la EPOC, enfermedad pulmonar de obstrucción crónica. Hablábamos sobre nuestro trabajo, pero me agotaba pronto y bajaba hasta mi casa. Al siguiente día lo mismo, comprobaba si tenía algún premio, compraba otro cupón y hablábamos un rato, pero yo me fatigaba fácilmente, así que un día me invitó a entrar en el quiosco y sentarme en una pequeña banqueta, de esta forma teníamos más tiempo para hablar y yo de despistar la depresión que me embargaba.

Había aguantado lo más difícil, pero me sentía solo. No podía comunicarle a los de mi alrededor lo que me estaba ocurriendo, difícil de entender, pero tenía sensaciones amargas y un malestar inexplicable. Mi médico me decía (y yo le creía, siempre le he creído), que todos los enfermos de cáncer, aún extirpado éste, padecen las consecuencias de una especie de intoxicación que tarda en desaparecer. Hoy entiendo que la gente que me quiere quería animarme, pero costaba mucho trabajo llegar hasta mí.

Vivía con una hermana, pero por causa de su trabajo y de no entender lo que me estaba pasando, en casa sólo tenía la compañía de Fivi, una perrita blanca como un peluche que era de mi hermana.

Fivi se acercaba a la habitación muy discretamente. Si estaba despierto me observaba y se quedaba petrificada a la espera del mínimo gesto para subir a la cama. Cuando subía se situaba con sumo cuidado. Antes de la operación hacía lo mismo y me llamaba la atención que lo hacía como caminando entre algodón. Ponía su morro y olía justo el lugar en donde se confirmó que había cáncer. Yo con ella no hablé, ella habló conmigo y me cuidaba. Lamía mi barbilla.

A veces yo le pedía que me trajese la pelota y ya se volvía loca. Saltaba por encima de la cama pero jamás me hizo daño. Cuando le decía que el juego había terminado yo la dejaba hacer. A veces se tumbaba a mi lado y si se dormía nos peleábamos por el sitio empujándonos y era el único momento en que me gruñía, entonces la echaba; se marchaba y no volvía si no la llamaba. Cuando subía a comprar el cupón le contaba estas anécdotas a Rosa, mi compañera.

Recuerdo de aquellos días el esfuerzo que mi sobrino Miguel hacía para seleccionar las películas que él sabía me iban a gustar. Me las bajaba por docenas y conseguía distraerme de aquella situación. También recuerdo las decenas de películas que me proporcionaba mi cuñado Fran.

Un día, estando sentado en el quiosco de Rosa, miré al frente porque tuve la impresión de que alguien me clavaba la mirada. Había un hombre y yo dije: “Rosa, tienes un cliente”. Ella me contestó: “No, es mi marido”. Guardé silencio y marché. Al día siguiente, con tacto, le pregunté que le pasaba al marido. Estaban pasando no ya una crisis, si no una situación de lenta y mortal agonía y Rosa ya le había planteado la separación.

Yo por mi parte hacía lo posible por recuperarme física, anímica y psicológicamente. Mi hermana dejó el restaurante que regentaba y abrió un bar de comidas. Se marchó del piso. Me había dicho que me dejaría a la Fivi pero se la llevó. Le dije que eso si que no se lo perdonaría pero no le importó, así que cumplo mi palabra y sigo sin perdonárselo, por eso lo cuento aquí, a ver si así se da cuenta de hasta donde llegó.

Rosa, como antes dije, tenía un gran problema con su pareja. Era como el típico funcionario de aduanas de un país que ya hacía años él mismo había segregado y Rosa se negó a volver a pasar por esa aduana.

Pasaron los meses y mi estado de salud fue mejorando tanto que me reincorporé a mi trabajo, pero no a la intemperie como antes: mi salud no lo soportaría, por eso la ONCE me buscó un quiosco donde resguardarme de los avatares del clima. Esta vuelta a la vida laboral fue un detonante para tomar de nuevo la decisión de vivir.

Cuando cerrábamos nuestros respectivos quioscos, que ocasionalmente estaban en la misma zona,

nos íbamos a tomar un té. Hablábamos de lo humano y de lo divino, literalmente, porque ella es cristiana, que no católica.

Quiero hablaros de Rosa porque en mi vida ha significado y significará mucho. Ha sido ella la que ha conseguido tirar de mí, dinamitar los muros de mi soledad. La que con paciencia y cariño ha sido capaz de hacerme recuperar la autoestima, que se desmorona en cualquier depresión. Ella dice que de mí le fascina la fuerza con la que vivo mis ideas, los gritos que doy en las manifestaciones.

. Hace de novia, amiga, enfermera... y yo le hago de cocinero. Ella es la que finalmente me convenció para que me sentase a escribir de todo aquello que yo le hablaba, de la poesía que había escrito, de la experiencias de un hombre que quiso vivir muchas veces porque muchas veces cayó.

Alguien dijo que el que quiere vivir tiene que estar dispuesto a caer y volverse a levantar. Con esto quiero hacerlos una especie de introducción a algunas de las situaciones que viví. Salir de la cárcel fue como volver a nacer, pero con un montón de trabas y amputaciones.

XVIII

El día que iba a salir (sólo con cinco días de permiso), Jesús, el responsable de los maestros, me pidió como favor que le dejase acompañarme hasta la salida. Le dije que sí, es más, quería que me acompañase. Otro maestro, Juan Carlos, me regaló un traje de chaqueta azul, entre risas, “para que salgas como un banquero”.

Después de tantos años encerrado subir aquellas escaleras se me hizo duro. Las piernas me temblaban. Ante cada puerta yo me quedaba paralizado y tenía que ser Jesús el que dijese: “venga, Veloso, pasa”. Las pocas veces que había cruzado esas puertas había sido con una fuerte escolta policial para llevarme al hospital.

Por fin se abrió la que parecía la última. Al fondo aún había una reja. Aquello parecía un patio. Vi la garita de la guardia civil y fuera a estos mirándome fijamente. De repente la reja desapareció y mi familia, con mi madre a la cabeza, se abalanzó sobre mí.

Mi madre llevaba una botella de champán en una bolsa de plástico . Con el ajetreo la bolsa se rompió y la botella se estrelló contra el suelo, provocando que algún guardia se asustase. Tras una fracción de segundo que me pareció eterna se rompió el silencio y volví a oír las voces de mi madre y hermanas. Jesús obviamente se apartó. Lo miré y vi que sonreía.

Ya en la calle, con mi traje de chaqueta y bien peinado, comencé a andar, y no daba coordinado caminar y hablar. Tenía que ir parando, pero mi familia tiraba de mí: “venga, que estamos en medio de la carretera”. Yo no me enteraba de nada. Si fijaba la vista en algún punto a más de cincuenta metros me mareaba.

Tenía sensaciones enfrentadas: alegría, vértigos, lágrimas, inseguridad, el cariño de mi madre que se abrazaba a mí... y así fuimos hasta la casa de una hermana que al parecer vivía muy cerca. Todo aquello habían sido tierras de rastrojos. Ahora mirase por donde mirase había edificios altos y calles muy transitadas y más me agobiaba. Fueron cinco días de permiso, los cinco tan intensos que yo, extenuado, no daba dormido, no daba asimilado.

Por mediación de Jesús, un periodista que tenía una productora solicitó una entrevista conmigo. Se la concedí. Me acompañaba mi hermano menor Rafa. Lo que el periodista quería hacer era un reportaje sobre toda mi vida. Todo perfecto, pero surgió un escollo que resultó insalvable: yo no era ni un arrepentido ni un reinsertado (que eran los calificativos al uso en aquella época del 95).

Desde el comienzo dejé bien claro que salía porque había cumplido mi condena. Con respecto a mi actitud en política rechazaba la violencia, aunque por imperativos legales aceptase las la Constitución.

Nunca se realizó aquel reportaje, y además se me denegaron los permisos para volver a salir. Directamente la dirección de Instituciones Penitenciarias me los denegaba, o sea, que ya no pasaban por el juez de vigilancia. Tras varios intentos de conocer el motivo recibí una respuesta: “por el mal uso que pudiese hacer de él”. Y punto. Recurrí a todo lo recurrible, además de los abogados. Cada vez me sentía más impotente.

Reflexioné y decidí declararme en huelga de hambre hasta obtener una respuesta favorable.

Pasaron los días y mi maltrecho estado de salud fue empeorando. Los médicos de la cárcel, con quienes mantenía una magnífica relación, daban parte diariamente de la gravedad de mi estado. Tras unos treinta días vino un educador a la enfermería y me dijo que el juez al que yo había recurrido me había concedido el tercer grado.

Esto venía a suponer un cambio radical en mi régimen penitenciario, dado que podría salir todos los fines de semana y volver el domingo por la tarde-noche. Eso ya era firme y estaba garantizado, no era una simple maniobra para que depusiera mi actitud, Así fue, durante unos dos meses salía todos los fines de semana.

Un día de entre semana me dieron permiso por unas horas y me dijeron que debía presentarme en la comisaría para hacer el DNI. Aproveché esas horas y llamé al juez de vigilancia para preguntarle sobre mi libertad. La secretaria me dijo que mi expediente aún no había sido visto por el juez. Apesadumbrado, desmoralizado, aquellos metros que hube de caminar hasta la puerta de la cárcel me resultaron extraordinariamente pesados.

Una vez dentro, tanto los presos cómo el personal venían a preguntarme por el motivo de mi abatimiento. Me tiré en la cama y allí estuve sin comer, sin hablar, sin responder a quien me preguntara.

Dormí, era algo que paradójicamente conseguía en los momentos más tensos como un mecanismo de defensa. Sentí como alguien me zarandeaba y me decía: "Veloso, recoja todas sus pertenencias que sale en libertad".

No podía imaginar lo que me quedaba por delante. No porque la calle fuese más dura que la cárcel, si no porque después de diecisiete años todo, absolutamente todo, hay que volverlo a aprender. Salí en libertad condicional, me explico: se trataba de ir a firmar cada mes a la cárcel, entrevistarse con una asistenta social y cursar una petición al juez de vigilancia cada vez que fuese a desplazarme fuera de la provincia.

Obviamente esta libertad condicional suponía que no podía verme envuelto en ningún tipo de problemas, Evidentemente de vez en cuando los inspectores de policía se hacían notar en sus seguimientos, en ocasiones de forma burda y provocativa. Yo daba mis quejas a la asistenta ante la que me tenía que presentar y ella me decía que si en nada me metía nada tenía que temer. Aunque yo pudiese parecer algo "paranoico", (me decían algunos conocidos y familiares), quién mejor que yo para intuir que algo iba a pasar.

Comencé a salir solo a la calle casi desde el primer día. Cogía una calle y tiraba hacia adelante sin parar, siempre pegado a la pared. Yo mismo me sorprendí de esto último y me percaté de que el ruido de los coches y el vocerío de la gente a mi espalda me aturdía. El cambio tan grande que había dado la forma de relacionarse la gente, el consumismo, todo para mí era muy diferente, casi diametralmente opuesto a lo que yo había conocido.

No tenía amigos. De alguno supe que había muerto, y otros simplemente los había perdido. Por otra parte algunos de mis excompañeros hacían todo lo posible para aislarme aún más. Si algún antiguo conocido relacionado con la militancia se relacionaba conmigo, ellos presionaban y difundían calumnias sobre mí.

Llegué a tener una relación con una chica que resultó ser amiga de ellos. La chica estaba viviendo un problema con un exnovio que no paraba de molestarla y casualmente ella supo por él mismo que nos conocíamos de la cárcel de Vigo. Intercedí y no la volvió a molestar. Acabamos manteniendo una relación parecida a un noviazgo.

Solíamos salir con una pareja que también eran amigos de estos excompañeros. Esta pareja huyó de mí y presionaron a la chica para que hiciese lo mismo. Insisto, algunos de estos excompañeros hicieron todo lo posible para hacerme el mayor daño.

A los dos años de salir estaba en Cádiz con mi familia y me llamaron de Vigo para trabajar en una empresa de fabricación de volantes en la que los empleados eran discapacitados (mi discapacidad me la concedieron por el mal estado de mi columna, cuello, estómago...). Todo ilusionado me despedí de los familiares de Cádiz ¡por fin un trabajo!. Cogí el autobús rumbo a Vigo.

El autobús hizo su primera parada en la estación de Sevilla. Nada más estacionar subieron unos sujetos que intuí que eran policías. Se dirigieron a la parte trasera, se identificaron como policías y

comenzaron a pedirnos el DNI. Uno de los pasajeros abrió la cartera y mostró lo que supuse era su placa. Vamos, que ya llevaba “compañía”. A otros pasajeros y a mí nos retiraron los carnets. Luego bajaron y no permitieron que nadie saliera hasta que volvieran

Tardaron pocos minutos. Devolvieron la documentación a los pasajeros e hicieron el gesto de marcharse. Me levanté y les pedí que me devolviesen mi DNI. Me contestaron: “Usted, Francisco Rodríguez Veloso, se viene con nosotros”.

Me hicieron sacar mis bolsas y con la única explicación de que había una orden de detención y presentación, me hicieron seguirles hasta la comisaría de la estación. Una vez allí me registraron a mí y a mis pertenencias. Me aseguraron que el autobús no se marcharía sin mí. Más de dos horas después lo dejaron marchar.

Horas después recibieron una llamada. El inspector estuvo hablando bastante tiempo y finalmente me pasó el teléfono: “¿Qué pasa, Paco, es que ya no te acuerdas del guardia civil de Santiago?” El que hablaba era el comisario Manuel Izquierdo y se refería a la muerte del guardia civil que me habían adjudicado a mí.

Desde ese momento la actitud de los inspectores dejó de ser afable. Me dijeron: “Lo tenemos que llevar a la comisaría. Lo ha pedido el jefe”. Me esposaron, me trasladaron a la susodicha comisaría y me pusieron frente a un señor (Manuel Izquierdo) que aseguró que él y yo ya nos conocíamos. Lo reconocí. Era uno de los que venían a hacer aquellos famosos cacheos a la cárcel. Me dejaron realizar una llamada y pude avisar a mi familia.

Me bajaron a los calabozos y “alguien” calentó a los policías nacionales, que de vez en cuando se acercaban a la celda donde me habían metido para echarme en cara que hubiese “vuelto a las andadas” después de tantos años de cárcel. Inútil que yo les dijese que no era cierto.

Ya en la madrugada, gracias a ese mecanismo de autodefensa, quedé dormido. Por la mañana me llevaron al juzgado, donde el juez de guardia me entregó una citación para presentarme en un juzgado de Madrid, que me citaba por una tal causa del año 82. Yo le dije que en esa fecha estaba inequívocamente en la cárcel y, como única contestación y para sorpresa de los policías, mandó que me dejaran libre.

Cuando llegué a Vigo fui directamente a la cárcel. Le conté a la asistenta lo ocurrido y no me creyó hasta que le enseñé la citación. La leyó sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Me dijo que en unas horas quedaría resuelto. Ya les había advertido que si iba a Madrid tendrían que acompañarme porque yo no tenía claro el objetivo de esa citación.

A las pocas horas volví a presentarme en la cárcel y me comunicó que tras muchas llamadas telefónicas nadie del Juzgado nº2 de la Audiencia Provincial de Madrid sabía quién podía haber emitido esa orden de búsqueda y presentación.

Sólo podía hacer dos cosas: denunciar la detención y todo este asunto como una maniobra de la brigada policial o incorporarme al trabajo en la fábrica, que precisamente coincidía con la fecha de la citación. ¿Qué podía hacer yo? Dejarlo pasar, incorporarme a la fábrica y esperar la siguiente.

XIX

En la cárcel, como podéis imaginar, tuve tiempo suficiente para leerme unos cientos de libros. Algunos de ellos de teatro, y ahora os quiero destacar la aportación al teatro de Valle Inclán, el esperpento. Pues bien, esperpénticas me parecían a mí algunas cosas de la vida en la calle. Ejemplo: no te tratan igual cuando vas a pedir un préstamo que cuando vas a atracar un banco. Con el préstamo te marean y te atracan a ti; la interminable burocracia, los avales, el seguro que te obligan a contratar.

En mi época pedías el dinero y te lo daban todo. Sólo tenías que cogerle el carnet al director y decirle: “Danos media hora antes de llamar a la policía”. Te cuento esto no para que te rías, sino para decirte cómo cambian los “papeles” según en el lado que te pongas. Eran atracos “limpios” y en ocasiones ni los propis clientes llegaban a darse cuenta.

La primera vez que crucé las puertas de un banco para pedir un préstamo (de un millón de pesetas) me hicieron pasar un suplicio. Era para montar una empresa de mensajería y reparto:

“PIRÁMIDE”. Lo que recuerdo de esa experiencia era la coletilla que siempre ponían de “¿quién lo avala?”, ¿para qué quiere el dinero? ¿QUIÉN LO AVAALA...?

También comencé a vivir situaciones de lo más habituales. Pitusa, la madre de mis hijas y yo, nos separamos. ¿Motivo? Con los años nos dimos cuenta de que éramos diametralmente opuestos. Ella lo pasó mal, pero yo, cuando parecía que estaba aterrizando en el planeta Tierra, me vi de repente con la vida patas arriba.

Me quedé sin trabajo. Cuando ya estaba sin aliento y más desorientado que un pingüino en el desierto, tuve que volver a empezar.

Provisionalmente vivía con mi hermana Amada y mi cuñado Emilio. Techo y comida tenía, y cómo cualquier parado todos los días iba a muchas entrevistas. Cuando ya parecía que iba a encontrar algo surgía lo que se convirtió en un escollo, que tenía más de cuarenta años y así nadie quería contratarme. Me tuve que ir conformando con alguna que otra cosilla puntual que me iba saliendo, como vendimiari en Pontearreas en la finca de un conocido, ayudar a pintar en alguna casa, etc.

Un día fui a una empresa a la que yo había repartido piezas y recambios para automóviles. Hablé con Fran, el encargado con el que tenía amistad, pero no tenían trabajo. En cambio me ofreció, dada mi experiencia en la política, que él conocía, colaborar en la venta de periódicos, publicaciones y suscripciones de un pequeño partido llamado Unificación Comunista de España. Combinaba esta tarea con la crear Asambleas Contra la Guerra de Irak. Además recogíamos firmas para exigir al gobierno de Aznar la retirada de las tropas españolas.

A Fran, a mí y a una chica nos propusieron trasladarnos a Santiago con el supuesto objetivo de organizar allí el partido, pero pronto me di cuenta de que lo único que querían era vender y hacer suscriptores.

Un día, vendiendo los periódicos a las puertas de la facultad de Filología, Fran tuvo una estúpida bronca con jóvenes independentistas. Los chicos manifestaban airadamente su rechazo a los carteles que tenían fotografías y lemas como “Guerra no, ETA no”. Tuve que intervenir quitándole de encima a aquellos chiquillos, mientras esquivaba las leches que aún no sabían dar. Todo acabó felizmente bien.

Paseando una tarde por Santiago se me pusieron enfrente unos chiquillos. Vinieron a decirme que sabían quién era yo, que conmigo no iba la cosa (se referían a la bronca) y que me quitase de en medio. Les di un rotundo ¡No!

En una reunión que tuvimos en Madrid supe que no le dieron ninguna importancia a estos acontecimientos que, de persistir nosotros en nuestra labor en Santiago, seguramente se repetirían con más violencia. A mí me pareció poco responsable y poco serio, por lo que me negué a volver a Santiago.

Ya en Vigo, aunque colaboraba, me iba distanciando. Fran, que me había dejado un bajo de sus padres para que viviese allí, me dijo que ellos reclamaban el desalojo de la vivienda, así que me vi nuevamente en la calle. Yo no quería volver a casa de ninguno de mis hermanos. Tenía que salir adelante por mi mismo.

Comencé un periplo por los comedores sociales y centros de asistencia. A través de una amiga conocí a Rebeca, una asistente de Cáritas, una chica sensible que vivía su causa con pasión. Ella intercedió en mi favor y me envió junto al padre Donaire, que dirigía el Centro de Atención a los Enfermos Pobres.

Estableció conmigo una excepción (en estos centros no se puede estar más de unos días) y me dejó establecerme allí. A cambio yo me ofrecí para conducir la furgoneta que iba recogiendo las ayudas por los comercios. Además, cuando yo estuviera un poco establecido, iba a formar un grupo de teatro.

Mi hermana Amada me llamó un día y me comunicó que la ONCE me convocaba a su sede para realizar una serie de pruebas y exámenes. Accedí a su petición y la de mi cuñado de volver a su casa. Emilio, profesor de matemáticas en un instituto, me puso durante unos días una serie de ejercicios de matemáticas y lógica que, justamente, creíamos serían la base de las pruebas que me pondrían en la ONCE, y así fue.

Tras un proceso de varias etapas, de más de una treintena de candidatos, sólo quedamos unos

pocos. Finalmente lo conseguí. Pronto me llamaron para suplir a un compañero que estaba de baja y me incorporé a la ONCE

A pesar de comenzar a trabajar mis problemas no habían terminado; en algunos aspectos se podía decir que comenzaban. Por delante de mí un penoso camino del que realmente me arrepiento. Hice cosas que iban contra mis principios; terminaba mi jornada laboral y bebía más de lo que debía. Unido a ese estado de autocompasión... entre en una espiral que me destruía; bebía y me iba con prostitutas. Me asqueaba de mi mismo, pero durante un tiempo esa fue mi vida.

Marché de casa de mi hermana y cogí un bajo en Chapela. Allí me encerraba y sólo salía para ir al trabajo o para ir de putas. Ya tenía un objetivo: aguardar el momento y quitarme la vida.

Conseguí un cartucho de una escopeta de caza y ya tenía el arma. En aquellos días negros, en los que me parecía a un zombi, recibí la llamada urgente de José Antonio Rodeiro, jefe de ventas de la ONCE.

Había algo que yo estaba realizando mal y en la ONCE se me puso en cuestión. No les faltaba razón, ya que realizaba mal las liquidaciones, más fruto de la dejadez que de querer lucrarme. Creía que si faltaba dinero en las cuentas, esta deuda me la cargaban en la nómina.

Faltó muy poco para que me echasen, pero algo debió ver en el relato que le hice de las circunstancias que me rodeaban, que José Antonio apostó por mí. Me dio un voto de confianza y que el trabajo demostrase lo que hubiera de demostrar. Aquello me llegó muy adentro y la idea estúpida de la muerte y la vida de crápula que llevaba se fue alejando de mí.

Comencé a recopilar todas las razones que tenía para decidir seguir viviendo, recomponiendo mi vida. Pedí ayuda a mi médico de cabecera, que supo darme unos consejos y un tratamiento que ningún psiquiatra, de todos los que visité para contarles mis problemas de adaptación, supo darme.

Hubo uno en Cádiz que se acercó un poco. Partía del hecho de que se carecía de precedentes que sirvieran para mi caso. La experiencia de cientos de presos que salieron en la Amnistía del 77 no servía. Ellos salieron y contaron con el arropamiento, comprensión y apoyo de gran parte de la sociedad. Yo salía aislado y condenado por los que habían sido mis amigos y compañeros.

Este psiquiatra, al que me acompañó mi madre, decía que lo más similar que conocía era la experiencia de los veteranos del Vietnam que fueron a combatir por la libertad y los valores de Occidente con el apoyo de gran parte de la sociedad y que al regresar eran aislados, ignorados y condenados. Todo esto estuvo a punto de acabar con El Andaluz, pero ese no fue el momento. Aún no me marchó, no me he marchado.

Pasaron años desde lo relatado y, aunque muy lentamente, fui adaptándome. Me centré en el trabajo y en mis hijas, en relacionarme con mis clientes, vecinos y posteriormente amigos de Chapela. Así viví muchos años, hasta que comencé a estar enfermo.

Mi familia me convenció para que me trasladara más cerca de ellos. El primer mal que tuve fue un pólipo de colon ya necrosado y con una bioquímica que dejó la duda de si era o no maligno. Tras la operación cogí el alta (era mi primera baja) y aunque no me sentía muy bien preferí seguir con mi trabajo en la ONCE.

Este trabajo me proporcionaba el trato directo con las personas. Eso fue lo que más me gustó de él. Los clientes te cuentan sus experiencias, sus problemas, sus ilusiones... y yo propago y explico la labor social de la ONCE; en definitiva, me convertí en un agente vendedor.

Trabajaba y trabajo, cuando no estoy de baja, despertando la conciencia de la gente. Les explico que, a diferencia de otras loterías, además de pagarme mi salario y repartir premios, una gran parte de la recaudación va destinada al apoyo de personas invidentes o con discapacidad. Les hace la vida más sencilla, con oportunidad de estudiar una carrera, conseguir un trabajo, un perro guía, facilitarles su autonomía personal... lo que digo no es demagogia: pásate por un Centro de la ONCE y pide información.

La ONCE es una institución que, además, te trata con el debido respeto, Eso hoy en día es hartó difícil. Además de todo lo dicho quiero dejar claro que la gran diferencia entre la ONCE y cualquier otra empresa, es que éstas tienen como objetivo lucrar a sus dueños y/o accionistas. La ONCE en cambio no tiene dueños ni accionistas que se lucren.

Nosotros, sus trabajadores y afiliados y las personas que atiende la Fundación ONCE, todos somos

sus “dueños”. Cuando se plantea una batalla sindical es algo que tenemos que tener muy en cuenta: la ONCE no es CITRÖEN ni Telefónica, empresas en las que por otra parte malamente tendríamos cabida los que componemos la gran mayoría de la ONCE.

Al poco tiempo de lo del pólipo me descubrieron el cáncer. No duele, agota. Fui al médico y le comenté lo del agotamiento extremo. Creía yo, ingenuo de mí, que era la tensión baja que siempre padecí. Me auscultó detenidamente una y otra vez. “Aquí hay algo grave”. Fue escueto porque el doctor Barros es así. Me dio un volante urgente para una radiografía y ya saltaron las alarmas. Me llamó y me dijo que me presentara en neumología ya que habían detectado un nódulo. Comencé así un periplo de pruebas y problemas que no voy a detallar: pensaríais que le tengo manía a la Seguridad Social.

Dentro de la fatalidad tuve suerte. Salí de aquel trance sin el lóbulo superior del pulmón derecho, con una EPOC, un enfisema y una bronquitis aguda y lo que queda, por desgracia, pero tiempo para terminar el libro y esbozar el segundo y seguir dando la tabarra aún me queda.

XX

Cuando tenía once años yo veía en los Carnavales o en la Semana Santa a un grupo infantil que llevaba lanceros y una banda de música. El uniforme era como de soldadito de plomo: gorro negro alto rematado con un plumero rojo, casaca roja con botones dorados, cinturón negro con hebilla también dorada y pantalón azul oscuro con una franja amarilla de la cintura a los pies.

Me enteré de donde ensayaban (en el antiguo estadio Ramón de Carranza) y allí me presenté sin consultar con nadie, pero al final reconocí al hermano de mi cuñado que acababa de venir de la Legión y al que apenas conocía. Resultó ser el instructor de la banda de música. Le mentí. Le dije que mi familia ya lo sabía y me dieron el uniforme. Aquel mismo día ensayé desfilando y haciendo como el que tocaba la corneta.

Cuando me presenté en mi casa (menos mal que mi padre estaba de viaje) mis hermanas me comieron a besos, ¡qué guapo iba a estar cuando ellas me arreglasen el uniforme!, pero una de ellas dijo: “cuando venga papá a ver quién lo convence”. Claro, aquel batallón llevaba el nombre de María del Carmen Martínez Bordiú de Franco, sí, de la nieta de Franco.

No sé cómo, entre mi madre y mis hermanas suavizaron la clarísima postura negativa de mi padre, y al menos por un tiempo me dejaría. Íbamos por los pueblos y desfilábamos en sus fiestas patronales.

En un pueblo llamado Algodonales y con un sol que caía cómo plomo, nos tuvieron formados bajo el balcón del alcalde falangista mientras nos contaba sus batallitas contra los rojos. Hubo niños que comenzaron a caer derretidos (nuestro uniforme para más inri era de felpa) y aquel personaje no paraba de soltarnos arengas y loas a nuestro alcalde de Cádiz (manco cómo él) víctimas de aquella gloriosa misión que los españoles de bien emprendieron contra los rojos y ateos. Así hablaban y aún hoy, si afinas el oído, tienen discurso similar; más o menos vienen de la misma cuna.

Pronto abandoné aquel batallón. Allí ya veías que los niños lanceros eran los niños de bien, que eran seguidos por sus papás uniformados de falangistas y orgullosos de sus retoños que ya desfilaban cual regios soldados. Nosotros, los de la banda, éramos pueblo, y debían de pensar que no nos habíamos ganado el agua o la fruta que sí les daban a los niños bien con el bocadillo...

Allí, si no recuerdo mal, comencé a tener problemas con las autoridades. Como protesta, nosotros hacíamos cómo el que tocaba, pero no lo hacíamos; con aquel calor... Nos cogieron a los mayores y nos abroncaron, pero volvíamos a hacer lo mismo, así hasta que nos dieron bocadillo, agua y una pieza de fruta.

Dejé de ir a los ensayos, pasaron las semanas y un día dos policías municipales vinieron a buscarme. Querían una explicación y la devolución del uniforme si no iba a “reincorporarme a filas”.

Me tenéis que creer: la Bahía de Cádiz tiene el vientre marino preñado de historia: fenicios,

romanos, árabes, piratas... Sin salir de su provincia un gaditano es más cosmopolita que un neoyorquino o un parisino.

Cádiz es cómo un huevo de Pascua, dentro siempre tiene algo que te va a sorprender. Si eres xenófobo mejor que no vayas, porque esa fusión cultural que tienes en Cádiz, esa mezcla de raza, esa alegría de vivir, esa chirigota diaria con que se toman la vida...

Pero si tienes depre, ve. Haz un viaje por Cádiz; verás que por el carácter de su gente pronto dejarás de ser anónimo. Ni intentes tomarles el pelo, porque en dos minutos te dan vuelta y media... así que ve en plan bien que disfrutarás de lo mejor que tiene Cádiz: sus gentes.

Te enseñarán Cádiz con el orgullo con el que un marqués te enseñaría su marquesado. Casi me dan ganas de darte el teléfono de mi sobrino Francisco y su mujer Amalia. Viven en la zona más antigua del casco viejo. Es una casa de vecino toda recién remozada, pero que tiene siglos de historia. Todo está cuidado con manos de hijos agradecidos.

Mi sobrino te cuenta la historia de aquella zona cercana al puerto... y te embelesa su pasión de "gadita", amén de que tiene una mirada pícaro y cara seria y cuando te relajas te das cuenta de que te está tomando el pelo. Cuando nació se crio en donde yo vivía, así que para mí era cómo un hermano pequeño. Yo lo llevaba al cine, lo hacía rabear, pero más me quería él. Era una criatura, es, muy cariñoso.

A veces le ponía el uniforme del batallón y jugábamos a desfilar. Yo lo hacía rabear pero lo pasábamos genial. Parecía mi sombra. Cuando salía corriendo de casa tenía que mirar hacia atrás porque en ocasiones él me seguía.

Estando en la cárcel de Zamora tenía una foto suya que me alegraba los despertares, pero en una de esas "visitas" los de la brigada me la quitaron. Era de los recuerdos más lindos que yo tenía de mi infancia.

Cádiz, como todos sabéis, tiene sus costas mirando hacia el continente africano. Desde Algeciras se ve todo el litoral con una tonalidad entre celeste y dorada, según la estación del año y la hora. Cuando miras aquel continente allá en el horizonte ya sabes que es un mundo diferente, enigmático. Yo vi este continente desde sus costas y destaca el Peñón sobre aquel campo liso, lleno de núcleos urbanos blancos.

Para ellos nuestro mundo tiene un sentido menos poético. Para ellos aquí está la posibilidad de escaparse de la miseria y la feroz represión de los sátrapas de turno, algunos con su monarquía. Para ellos éste es un mundo donde creen tener una oportunidad, la que todos merecemos, de vivir con dignidad...

Miles se esconden buscando la oportunidad de cruzar el Estrecho. Vienen de todos los países africanos. Huyen de genocidios, de las hambrunas que asolan sus tierras. Guerras de ejércitos armados por nosotros los occidentales. Pueblos mil veces traicionados por nuestros mandatarios... Pueblos que se rebelan contra la tiranía y son masacrados, como en Marruecos, Libia, Egipto, Yemen...

Libia sangró con Gadaffi y ahora sangra por los soldados "salvadores". Mentiras y mentiras sobre ayudas humanitarias... y aún vamos y les robamos su petróleo, su oro, sus ilusiones, porque pronto sienten en sus carnes que aquello fue un espejismo del desierto, que no acabó ninguna tiranía.

La desesperación, sólo la más amarga desesperación, los obliga a que por miles intenten entrar en nuestro mundo. Lo hacen, no con yates de jeques multimillonarios, sino sobre simples y débiles pateras.

Pero, quién de nosotros no ha oído aquello de "nosotros emigrábamos con contratos de trabajo". Ignorantes. Nosotros emigrábamos muertos de hambre huyendo de la miseria de comienzos del siglo XX, amén de los colonizadores... y de cientos de miles que hubieron de exiliarse después de la guerra, y después de iniciada la II Guerra Mundial huyendo de los nazis... y después la emigración a Alemania, Suiza...

¿Qué te piensas, qué allí nos daban los mejores trabajos? Pues claro que no. Allí nos daban los trabajos que los naturales del país no querían hacer y con menos sueldo. Pero nosotros aún tenemos más delito porque sufrimos esa inmigración y exilio y nos atrevemos a "quejarnos" porque "nosotros íbamos con papeles". Los africanos pensarán, y con toda razón, "estos nuevos ricos..."

En ocasiones no me puedo aguantar y reprocho esos comentarios xenófobos y sobre todo llenos de ignorancia y maldad, la maldad del que quiere seguir siendo ignorante "en ciertos temas". La vagancia del listillo de barrio, vagancia y pobreza intelectual, esos "derechones" de barrio que parece que un cura los ha colocado para que parloteen y mareen a la gente con su sapiencia.

No hace mucho, estando hospitalizado, tuve que escuchar durante varios días a una señora que "ejerciendo la libertad de expresión" y "sin querer ofender", decía que los homosexuales eran enfermos: "tienen algo malo en la cabeza". Ya ves cuanta "sapiencia" tenía la señora, casualmente emigrada a Suiza por varias décadas y además xenófoba. Le quise explicar que la libertad de expresión termina cuando ofendes a los "enfermos" y a los que oímos semejantes burradas.

También fui emigrante. Vine a Galicia, que nada tiene que ver con Andalucía, por eso sé cómo hieren esos comentarios. La ignorancia es la tabla de medir de la gente servil, porque luego, cuando los oyes hablar de "los bien situados en la vida" repugna hasta donde llevan los halagos.

Todo sistema tiene su base social. Cuando la dictadura los falangistas y sus amigos, los que de tanto terror besaron la mano del amo, los que ya se conformaron y los que finalmente, "para que no vaya a peor" también apoyaron. Esa base de cualquier sistema, por ejemplo el actual, que viene a defender prácticamente los mismos valores del franquismo, algo modernizados, aunque igual de chulescos y descarados.

Esa base, decía, no la forman sólo los adinerados, los cargos oficiales y/o oficiosos, insisto, esa base la forman tu vecino, tu compañero de trabajo, tal vez tu amigo o tu familiar. Esa base abnegada, sacrificada, que cobran lo mismo que tú y mal llegan a fin de mes, igual que tú, esa base hay que rescatarla, hay que liberarla del discurso sectario de la extrema derecha, de esa moderna pero añeja extrema derecha. Esa base tiene que ser tratada por nosotros, personas de izquierda, como tratábamos al más alelao de la pandilla cuando éramos chavales, con comprensión, con paciencia, con mesura, un trato inclusive exquisito porque tenéis que tener en cuenta que lo que ya les exigen es obediencia ciega.

XXI

Antes de pasar por el quirófano todo mi entorno me pedía que dejase de fumar. Imagínate estar esperando a que te operen del cáncer y tú seguir fumando, pero era así. Yo parecía no ser consciente de lo que tenía y de lo que se me venía encima.

Le prometí a la cirujana Dra. Blanco que una vez saliera del quirófano no volvería a fumar. Me dijo que eso ya lo había oído unas cuantas veces, Ciertamente mi entorno se pasó dándome caña en esto, porque total lo que yo tenía que asumir era lo que tenía y lo que vendría, ya que en un principio la cirujana estimaba que la intervención sería aún mucho más complicada de lo que fue.

Una mañana, lleno de remordimientos, fui al médico a pedir ayuda: "quiero dejar de fumar, deme algo para conseguirlo". El doctor Barros, conocedor de su paciente, me dijo: "procure no fumar, o fume poco, pero ahora no aumente su angustia con la ansiedad..." Y así lo hice, me mentalicé.

Esperé la llamada semana tras semana para entrar en quirófano, pero ésta se demoraba y se demoraba y siempre había, decían, alguien peor que yo. Mi médico y yo hablamos y acordamos que si aquí no había quirófano que me trasladasen allá donde lo hubiera.

Yo, hundido y más deteriorado por días, iba de la consulta de mi médico a la cama. Los síntomas ya eran cómo si algo te estuviese intoxicando y es que así era. Las biopsias que me habían realizado abrieron el camino a las células cancerígenas.

Por fin mi médico me dijo: "espera una llamada mía el viernes". Al día siguiente supe (por una hermana) que él ya había llamado y hablado con el responsable de cirugía torácica para advertirle del deterioro que yo estaba sufriendo y urgirle para que la operación fuera inminente. Ese mismo día me citaron para que estuviese preparado tras el fin de semana. Así fue.

El equipo de cirugía y los servicios sanitarios trabajaron con ahínco y cariño. Me lo hicieron todo lo más fácil posible. Con la Dra. Blanco aún paso consulta. Es joven, simpática, guapa, atenta y con sentido del humor: "A que me recomiendas como cirujana".

Hasta yo mismo he creído que lo mío de dejar de fumar no tiene mérito, pero pasado el tiempo he comprobado que sí, que tiene una gran dosis de voluntad, la voluntad de vivir, y por ello no he tenido en ningún momento la tentación de volver a fumar.

El tabaco, tal cómo lo consumimos, tal cómo lo elaboran, es droga pura y dura. Sin ambigüedades. Todos sabemos la cantidad de productos claramente tóxicos que utilizan en su elaboración en las fábricas, pero el Estado no interviene. No envían inspectores de sanidad con guardias y jueces para encarcelar a los responsables y cerrar esos laboratorios. Pero cuántos laboratorios de anfetaminas y sustancias “prohibidas” cierran constantemente y detienen y encarcelan, aunque sea por dos meses, a los imputados.

Lo del tabaco tiene más envidia de lo que parece a simple vista. Las multinacionales de las farmacéuticas se verían gravemente dañadas. Junto con la industria armamentística y petrolera y las finanzas conforman los “holdings” que dominan el mundo.

Y el Estado ¿Qué hace? Cabe la pregunta de qué es el Estado, además de los miles de funcionarios que conocemos. Pero ¿qué es el Estado? ¿Qué función cumple, por ejemplo, en nuestra sociedad? ¿Qué objetivos le suponemos y quién manda en esta gigantesca maquinaria?

Los hay que dicen que el Estado es el estamento encargado de organizar nuestra sociedad, por ejemplo. De él dimanar las fuerzas del orden, el aparato judicial, el fiscal, el sanitario, de defensa, educación... y como cabeza de Estado, como jefe de Estado, el rey Juan Carlos I de Borbón, con tanto peso sobre sus hombros, así cae tan a menudo. Pero en serio ¿Qué utilidad tiene?

Otros dicen que el Estado es el aparato con el que los poderosos comenzaron a dominar a la plebe, allá en los albores de la civilización. Lo cierto es que tantos millones de personas de alguna forma nos habremos de organizar, lo podremos llamar Asamblea Legislativa o como quiera que en su momento surja. Pero lo que es impenable es que no es ningún principio inamovible, ni esta forma de organizarnos sea la mejor.

Cierto que tampoco defenderemos la forma de organización de los países del este, así que tenemos ya dos claros ejemplos de lo que no nos sirve. Lamentando las vidas que este sistema capitalista se llevó (protegido por el Estado) no arreglamos mucho.

Considero que debatir sobre la criminalidad del capitalismo servirá al menos para señalar, sin errar ni una centésima, quienes son los artífices de esta situación sin parangón en la era moderna en donde la miseria ya está tomando las calles, porque ni techo nos van a dejar.

Doy mi opinión: el Estado es un complejo y maquiavélico enjambre con el que la gran burguesía se protege de nuestras protestas y de nuestra intención (o intuición) de mandarlos a tomar el aire donde da la vuelta la tormenta perfecta, eso sí, con su jefe de estado a la cabeza.

Los que creemos que un mundo mejor es posible, los que nos parece obsceno que unos pocos seres sigan llevándonos al abismo, en el tercer mundo directamente a la muerte y al genocidio, nosotros, hemos de promover el espíritu de lucha, la indignación y la Unión. Este país ya tiene la suficiente experiencia como para ir caminando.

El movimiento de indignación, sus nuevas formas de organizarse, su fuerza llena de juventud, llena de esa vitalidad que a todos nos da el ser conscientes de que no hay paso hacia atrás. Con calma, pacíficamente, como nunca ha habido un movimiento en la historia, tendremos que ir fortaleciendo este Movimiento formado por asociaciones, colectivos, o, como en mi caso, personas a título individual.

Hablaros del sistema electoral que rige ya es redundar en lo mismo. Además ellos cuentan con miles de millones, préstamos regalados de los banqueros, sus medios de comunicación a su entero servicio, etc., etc.

Pero nuestra lucha no se va a dirimir en las urnas, porque además cuando conseguimos que se celebrara un referéndum como fue el de la OTAN ya hemos visto cuanto respetaron lo votado. Pues como nuestra lucha está en la calle a ello debemos de aprestarnos, sin caer en tener que explicarles a los Cínicos cual es nuestro programa ni cuales nuestros objetivos. De momento nuestro voto está en la calle y no en una urna guardado por cuatro años.

Quiero hablaros de algo que me ocurrió la noche de fin de año de 2009, poco después de la operación. Prácticamente toda la familia de aquí de Galicia solemos celebrar el fin de año en casa de mi hermana Amada.

Esa noche al término de la cena y antes de comenzar la sesión karaoke en la que suelo dar el cante, se me acercó mi sobrino Xabi (era un bebé cuando salí y ahora es un hombrón de 17 años que pasa del metro noventa y tantos) y así, casi en un susurro, me dijo: “Mi padre me ha contado lo tuyo”.

Mi hermana y su padre se habían separado hacía unos años. Yo lo miré y le contesté a la gallega: ¿Qué mío? Al final me hizo contarle lo de la cárcel, lo de mis ideas, de que yo era como él cuando me fui comprometiendo...

Él tiene sus inquietudes, se considera comunista y lógicamente tiene el romanticismo que todos tenemos para todo en esa etapa de la vida. Al final, como él iba a estar con su padre para comer y yo hacía tiempo que no estaba con Antonio, le dije que después de comer me llamase y así charlábamos los tres.

Al día siguiente, cuando esperaba su llamada, recibí la de mi hermana Amada. Xabi se había encontrado a su padre muerto en casa. Arranqué a llorar por lo injusto de la vida, pero más aún porque fuese ese chiquillo de 15 años quién se tuvo que enfrentar a esa situación.

Cuando pude hablar con mi sobrino quedamos en un trato: yo lo ayudaría a superar su experiencia y él a mí la de acabar de salir del quirófano. Fue una relación continua y tremendamente beneficiosa para los dos, ¿verdad, Xabi? Su padre le había dicho: “Para cualquier cosa de política habla con tu tío Paco”. No podía terminar sin hablaros de mi queridísimo Xabi.

Coincidiendo con el primer cumpleaños que celebraba en la calle, el 17 de Noviembre del 95, tenía una sobrina hospitalizada con fuertes dolores en la columna. La pobriña, 11 o 12 años, no lo recuerdo, fue sometida a una ingente cantidad de pruebas médicas. Hubo de guardar cama dos meses en el hospital, más otros tantos en casa. Yo iba todos los días a visitarla.

Allí ella y yo, además de jugar al trivial, nos pasábamos las horas hablando. Ella me hablaba de muchísimas cosas que echaba de menos: pasear, ir al cine, quedar con las amigas... Estaba ingresada en la planta nueve y había una especie de balcón acristalado desde donde se veía toda la ciudad, y allá, en la lejanía, el mar y las islas Cíes. De alguna manera a los dos nos unía la nostalgia de haber sido antes libres.

Le escribí un cuento del cual os transcribo algunos extractos:

“Érase una vez una ciudad verde y de agua. Verde por ese anochecer de doradas luces, que le daban un aspecto vívido, serpenteante, un tímido toque infantil, con trazos torpes de construcción por donde serpenteaban las zonas y los montes verdes...

... Había en dicha ciudad un edificio que sobresalía por encima de todos los demás. Sólo tenía en su majestuosidad una pequeña hermosura de cristal soleado... El edificio, construido en la cima de un monte, era un hospital. Allí, en la planta novena, en la habitación 901, estaba ingresada Ruth...

... Le dije que imaginaba cuánto echaba de menos su casa, sus amigos. Ella me interrumpió algo nerviosa y me relató las cosas que añoraba, la hierba, su olor, caminar por las calles... Deseé con todas mis fuerzas poner a su alcance todo lo que ella iba nombrando...

Como no era ningún mago, hice lo único que estaba a mi alcance, es decir, conversar con ella para revivir, entre los dos, todo lo que echaba en falta... Aquella noche, en la que un pobre hombre se había lanzado al vacío desde la planta doce, en el cielo las estrellas comenzaban a parpadear. Parecían pavesas del incendio crepuscular. Cuando retorné junto a Ruth le dije que todo el revuelo que se había originado era porque un enfermo había querido escapar...”

Hoy en día Ruth ya es madre y para sorpresa mía, aún guardaba con celo el relato mencionado. Le había gustado y ayudado tanto que me pidió que lo incluyese en la historia de mi vida.

XXIII

Cuando escribí este poema, que fue de los primeros, aún no tendría los veinticuatro años. Creo que es bastante elocuente. Ese mundo interior enfrentado al día a día de las paredes de la celda.

Cuando la sangre te hierve de vitalidad y las facciones de la cara ya toman matices de estar abandonando la adolescencia. Cara de hombre. El Andalúz ya no tenía cara de niño. Ya estaba pagando como un hombre su condena.

HOY

¡Estallan!

Óiganlos

Estallan de rabia

La rabia como un perro que quiere morder,
Saltar la barricada

La rabia que piensa
La rabia con sed
Que nos quiere atar los pies

La rabia, la rabia es
El parlamento
rabiosamente parlamentando
ejecutando
Miles de obreros son puestos contra la pared
a una mujer la cuelgan de los pies
la tortura es... la rabia
del que sabe que nunca va a vencer
La represión es... la rabia

Óiganlos cómo estallan
estallan como globos
como uvas secas, tierras secas,
como fango seco
Rabia que quieren sangre y
que nos acostemos con miedo y
que nos besemos con miedo y
que miremos a nuestros hijos con doble miedo...

¡Eh, tú! ¿tienes miedo?
Son ellos los que te temen a ti
Ellos que forman su estado, su gobierno, su parlamento y
Su bella televisión
Ellos que estallan porque
Tú te levantas, te resistes´
Los odias.

No hay paz a cambio de nada
Sólo paz tras la victoria
La merecemos quienes la deseamos
Y entre escollos intentamos conquistarla
Tras el tiempo vendrá

Tras los escollos un pedazo de victoria
Bajo esos pedazos
unos hombres que se alzan
y sobre los hombres
una lluvia copiosa
se desliza por ellos
y algunos la dejan roja
caen con ella
Son los hombres que harán posible la igualdad
es decir la paz

En este poema hablo del cuarto aniversario de mi estancia en la cárcel. Creo que refleja cómo me iba enriqueciendo, cómo afloraba, además de la impotencia, esa rebeldía, ese no someterme a la prisión...

En él digo “es necesario olvidar”, porque algunas cosas te atormentan y la bola de odio crece, y sólo a ti y a nadie más que a ti te va a envenenar. Por eso cantaba al amor, que realmente no conocía. Estaba dentro de mí pero no podía demostrárselo a ninguna mujer en concreto, así que tuve que utilizar lo platónico para sacar de mí esa cosecha de amor y de ilusión.

De alguna manera tenía que colorear la celda, por eso hablo tanto de los colores y del sol...

ANIVERSARIO

Esta noche tengo frío y como muchas otras noches
mi corazón estará a punto de helarse
Dicen que la vida es maravillosa
pero a veces llego a dudar
y la duda es lucha
porque en la batalla incruenta vence la supervivencia
Hay muchas cosas que me dicen que tengo que vivir
pero te aseguro que si sólo fuese
por el recuerdo
yo ya estoy muerto
A veces me siento a escribir
y no sé que decir
algo quiere brotar
pero el papel sigue blanco
Una hora dos horas

el cuello empieza a dolerme
las piernas se duermen
pero el cerebro excitado sigue su proceso
Una dos tres
ya van tres horas que sigo sentado
van cuatro años
hoy los he cumplido
a la hora exacta como todos los aniversarios
el corazón dio una enorme campanada
los ojos quisieron llorar
pero no les he dejado
-a estas alturas-
un metro ochenta y cinco
no es cuestión de que una lágrima
se estrelle contra este suelo
Cuatro años de cárcel hablando
de mi y de las circunstancias
que no todas fueron mías
Quiero cantar a la vida
pero pienso que ya es tiempo de que ella
me cante a mí
quiero hacer un poema en el que una ola
esté presente
donde sienta la humedad
la suavidad de su aroma
donde a través de ella
vea tu cuerpo nadar
o simplemente pueda ver un pez
vivo y coleando
Tengo ganas de perderme en un espeso bosque
y olvidar por el tiempo máximo
muchas cosas
Es necesario olvidar
o cuando menos relegar postergar
por lo que dure el parto de una ardilla
quizá pedir verla crecer y retozar
sea demasiado
En este cuarto aniversario
de velas apagadas
de muros sin escalar
intento escribir algo podría ser
sobre las nubes pero este tema ahora
no me sirve para nada
¿De la cárcel?
que más da si ya queda implícita
de cada verso
dos palabras están presas
no está mal porque consigo salvar
otras muchas
¿De la soledad?
aconsejo a los eminentes ermitaños
sólo una temporada
luego huirán de ella

cómo todos huimos de la muerte
¿De la humanidad?
Siento decir que nada queda más
lejos en una cárcel antes se podrá
llegar a Venus
y fecundar a la diosa
Entonces ¿para qué escribir?
eso me pregunto tal vez como testimonio
pero ¿acaso no lo he dicho todo?
No
por ejemplo hoy he aprendido que la lucha
por la supervivencia se inicia en el conducto seminal
-claro que ahí no hay lucha de clases-
sólo el más fuerte e inteligente se salva
el primero para abrazar a la vida
de esto se puede deducir que somos traviesos
antes de nacer
Un momento
¿qué es esto que estoy escribiendo?
verdaderamente no lo sé
aunque tampoco me importa
escribo cómo siempre lo hago
Abro la jaula dónde tengo encerrada la imaginación
y como un caballo azul galopa el trecho
hasta llegar a eso que llaman la sensibilidad
del poeta
Sé que para el hombre sólo es imposible
lo que ignora
pero esto aplíquese en caso de tratarse de un
hombre libre no sea que alguno vaya a creer
que no ignora y sin embargo
ignore lo elemental
ser libre
Sé que construyendo poemas estoy reventando
con cada verso y esto lo digo porque lo
creo una norma
Lamento no poder entrar en tus entrañas
y ¡ay! porque vuelvo a reventar
Sé que muero mientras la pobreza se estrella en la noche
mientras hay un canto que no escucho.
Muero en esta soledad
porque por más vueltas que le dé
no está viva
Siento frío en los pies
será que ya estamos en otoño
Para mí se hizo imposible poder amarte
No no es ésta ninguna conclusión
y no lo es porque no lo pretendo
a lo sumo denuncia y lo que cada lector le ponga

En medio de un desierto nocturno
poblado de misterios infantiles
-de esos que van cayendo y apagándose

como si de estrellas se tratase-
me encuentro esta noche
Deseo que llegue pronto el día
en el que se deshiele la escarcha
en el que mis versos sean fieles
a la realidad que compartiremos
y ese calor humano
que desprenden
los que sólo poseen su humanidad
me contagie
Ya va acabando la noche
el cielo púrpura nos abraza

El siguiente poema se lo dediqué a un poeta sudafricano que, pese a las movilizaciones populares a nivel internacional, fue ejecutado por el régimen racista de aquel entonces. Y todo ocurrió cómo sigue ocurriendo en el tercer mundo, con la complicidad de nuestros gobernantes.

Estaréis de acuerdo conmigo en que su vigencia es absoluta.

El poema fue publicado en revistas y fanzines y lo leyeron en emisoras de radio internacionales y radios libres.

BENJAMÍN

Los hombres del mundo
vemos tu cuerpo en la cuerda
te balanceas de aquí para allá
para adentro
para aquí...

Tu sangre
El color de tu bandera
tu poema Benjamín
Benjamín tu pueblo

La LIBERTAD...
Benjamín
vivías en esta era En este país...
pobreza
sol y
Benjamín colgado de la cuerda

En la cuerda Benjamín
En la horca
Benjamín
Con cinismo tiran
tiran con barbarie

aplauden
 Benjamín ... a la de una a la de dos a la de tres
 ¡Los que quieren nuestras vidas
 tiran a la vez!
 ¿Dónde Benjamín?
 ...Pero nos encontraremos
 bajo el sol
 sobre la piedra
 Entre la brisa Benjamín
 Cuando tu tierra
 y mi tierra
 no sean patíbulo de los hombres buenos
 Así de simple sigue siendo
 la división del mundo
 y de tu tierra Benjamín...
 ¡Qué causa más hermosa que morir por un poema!
 El de la REVOLUCIÓN
 Esa es la razón
 Que a ti te balancea
 y a mí me encadena
 Benjamín

Aquí queda más que evidente mi compromiso como militante en aras de una Revolución que sigo convencido de que llegará, aunque no con los clichés clásicos, entendiéndola como un vuelco del “orden“ existente.

No hay que tener miedo ni desterrar la palabra Revolución, eso sí, impulsada por la Evolución. Una Revolución no tiene que ser necesariamente violenta.

Por eso tenemos que afinar mucho, ser muchos y con las ideas muy claras, sin huecos ni resquicios por donde se infiltren Vanguardias: todo hecho, todo líder, todo partido único o pensamiento único. Ya tenemos sobradas experiencias en este país como para no repetirnos.

Por eso la Evolución individual y colectiva tiene que ser el combustible que empuje y mantenga abierto el proyecto.

“Te haré una poesía de amor en la que sólo algunos versos recordarán esta guerra”. No estamos viviendo una guerra de frentes pero habría que preguntarle a cientos de miles de familias cómo tienen que guerrear día a día para salir adelante.

Y lo que nos queda por ver y vivir.

DIJE REVOLUCIÓN Y LOS VERSOS SE SUBLEVARON

A ti me he entregado
 junto a mí te he tenido toda la noche
 puse mi mirada en tu boca y ha reído
 mis versos en ti y me has engendrado

Mientras desarrollé las leyes del amor y

quise adivinar tu firmeza en las batallas y
exploré las zonas de tu cuerpo
que me recibirán mañana
mientras tanto me he dejado descubrir
por las leyes de tu amor

Saqué una abeja de mi infancia
la posé en tu pierna y
entre quejas fui besando la herida creciente
te compartí en todas mis edades
como yo deseo ser compartido

Dije revolución porque es un verso que se impone y
miedo porque existe está vivo

Sangre el verso extenso que se alza
con cada compañero
que remonta los miedos
las palabras
la vida y
hasta la muerte
a la ciencia
a la propia materia
porque sus glóbulos
van ocupando un lugar
en nosotros

Te sentí detenida torturada
me fui junto a ti
de entre tus gritos y tus heridas
recogí las lágrimas
para que ellos no las pisaran
y felicidad
futuro
el verso punitivo
felicidad
al saberme deseado con todas tus fuerzas

Esta noche pasada
la noche de San Juan
comenzó su andadura

Mañana cuando nuestro amor
no esté amenazado
cuando ya no se torture
al hombre enamorado
cuando levantemos una piedra y
bajo ella no haya sangre
entonces mañana
te haré una poesía de amor
en la que sólo algunos versos
recordarán esta guerra.

En este poema hablo con la hija o hijo que tanto anhelaba. Ahora, pasados tantísimos años y teniendo ya dos hijas, suscribo lo que les decía. Quizás ahora les pueda decir más cosas, o cosas más importantes.

Creo que mantengo con ellas una relación sana y abierta, dándome a conocer. Hablan conmigo de cualquier tema aún a sabiendas de que puedo estar en desacuerdo. Según la importancia intento convencerlas de su error, pero si no es así saben que igualmente estaré para apoyarlas tanto en sus éxitos como en sus caídas.

Sé que mis niñas lo han pasado mal porque primero su madre pasó por un cáncer de mama y cuando se estaban recuperando del golpe tuvieron que pasar y pasan los males de su padre.

Han pasado mucho miedo y por eso, ellas os lo pueden confirmar, las hago reír todo lo que puedo. Eso me hace feliz y payaseo con ellas hasta el agotamiento.

CARTA

Mira todo lo que hay de importante
todo lo esencial y cotidiano
todo lo que sugieren los ojos

y la vida de tu madre

Observa la vitalidad de las abejas
retén en tu boca
-hasta hacerla cálida-
una uva fresca

Pisa la arena y que la arena de la playa
te deje su huella indeleble
persigue a la gaviota
tírale piedras al mar

Dibújate en los charcos
y que los charcos te dibujen a ti
Introdúctete en la vida con la cabeza alta
No te dejes ganar por la aspereza

No creas a quien te diga que la vida es bonita
éste tiene los labios sellados de sandeces
hueco o sucio el corazón

A quien te demuestre que la vida es hermosa
ábrele tu corazón
ese corazón que nacerá rodeado de tierra limpia
la tierra que te pondrá tu madre
para que no te caigas
así de pequeñito o pequeñita

Pero desde ya te digo
que hay otras tierras rodeadas de sangre
otras ternuras fusiladas
otras madres torturadas
noches que sólo huelen a calabozos

No te asustes España es así
La historia...
pero sobre todo la historia
se hace así

Todo se hace así hasta que no cambie
Tú vendrás a cambiarlo
Tu generación vivirá sobre la mía

Tu generación
enarbolará un estandarte naranja
que abrirá el cielo
hasta que os devuelva nuestra sangre
y nuestras lágrimas

Tu generación llenará toda España de colores
Tu generación reirá con franqueza
y la generación que os preceda serán hombres
hombres mujeres y hombres

con la fuerza que fecundará la libertad

Tu generación se hallará libre
y libres os habréis de relacionar.

Este es ya el último poema que os transcribo. Con honestidad creo que tal y cómo está el mundo...

Cierto que en este poema digo “y tú empuñas un arma y tú militas en el Partido” Obviamente lo rechazo, no lo censuro porque así lo escribí cuando militaba.

La violencia no es la salida. Sentir el porrazo de un policía y ver los abusos que suelen cometer, enerva la sangre de cualquiera, Sin ser santones que ponen la otra mejilla, hemos de rechazar la violencia.

Que el Estado va a contestar con violencia ante las protestas y movilizaciones, que no nos quepa ninguna duda. Tendremos que ver de que manera actuar y esquivar en lo posible las cargas policiales.

Habrà que enfocarlo con la visión de que es tan injusto que te den una paliza por reclamar tus derechos pacíficamente, como que un banco deshauicie a una familia.

No podemos perder la visión de conjunto, una carga policial es un acto más de “administración de justicia” de este Estado que dicen “democrático”. Precisamente por eso lo queremos cambiar.

VENDRÁ AL MUNDO

I

La lengua se traba, se enfurece la saliva, huyen los dientes.
La lengua resbala, la lengua se seca, la lengua se queja,
Los molares la aprisionan, la maltratan. La lengua sedentaria. La lejana campanilla se oscurece,
No hay sonido, no hay voces... La boca

Los ojos remiran, miran, reverdecen, rutilan, brillan, estallan en una explosión de lágrimas atroces, de lágrimas de fango y piedra que laceran las córneas... Los ojos

Firmes lo dedos, flácidas las yemas, las falanges trémulas arden de frío y se derriten con un dolor agudo en las palmas, no obedecen, los dedos descienden, se cuajan en una lentitud vertiginosa... Las manos

Raudos caminantes que queréis llegar a la cima de vuestro deseo. Puentes hundidos a ras de huella y talón. Dolor indecible. Lentos y humildes... Los pies.

Piensa cerebro, aunque el oxígeno te falte. Animal de los animales.

Con sangre de mi cuerpo, sosiego y quebranto. Contradicción. Maldición.
Corazón. Ternura. Resplandor. Memoria. Inteligencia. Educación.
Ideología... El cerebro.

Angustia, sangre. Miedo, tortura. Sudor. Hielo. Razón de jerarquía,
banqueros, oligarquía, políticos, financieros. Demagogia y Dictadura.
Cuartel. Policía. Cura. Sindicatos y expendedorías... El fascismo

II

Pero cómo hablar del mundo si nuestra casa está derruida;
mi compañero piensa en el futuro y se muere, con una muerte que palidece
todas las habitaciones, y desde la cuna un niño llora porque quiere limpiar sus heridas.

La tierra me está oyendo hablar; miles de muertos exclaman: ¡¿Dónde está la paz.
Dónde la justicia, la libertad?! Los muertos no entienden que seamos así.
Si digo amor, se ríen, otros se echan a llorar. Si digo juventud, dicen: Que más da.
Todos tenemos la misma congoja, algunos la misma rabia. El niño le dice
al abuelo: Tengo congoja porque la vida no es mía.
El abuelo le dice: Me voy de esta vida que no ha sido mía.
Todo es nuestro y nada nos pertenece.
En el mar nos ahogamos.
En la tierra nos hundimos y servimos de vianda a las serpientes.
La ciudad es un cangrejo que nos muerde.
La casa es una ruina que nos sepulta.
Y todo porque nada nos pertenece.
El viento es un latigazo del Gobierno
La desesperación un decreto del Estado
La depresión nos la dicta el Diputado
Los revolucionarios dicen que lo que ha de hacer un hombre
Es recuperar su dignidad, levantarse como pueblo y aplastar.
Aplastar. Reír. Sufrir. Amar. Luchar.
Dicen: La vida para el hombre es única. El amor para el hombre es único.
La libertad es única. El destino para el hombre es único:
Vencer o Morir.

III

¿Quién dice que el hombre no es capaz?
Granos de trigo ascienden
Llueve sobre una pareja que hace el amor
Las lágrimas del niño son como un rayo de sol que nos llega
Mi amigo tiene valor
Un guerrillero alzó su bandera
Un comunista gritó huelga
Mi vecino dijo basta
Mi madre recitó un poema
Mi padre habló de Marx
Un compañero dice: Para esa máquina

IV

Sin embargo el parto aún no llega. Vendrá al mundo con sangre y placenta; del hombre será misión limpiar. Dejarla tan acogedora, que los niños duerman y se pueda beber agua fresca en sus arterias.

La Revolución Socialista vendrá. Si tú dejas tu casa y tú me das la mano y tú empuñas un arma y tú militas en el Partido y tú. Tú. Compañeros, si sacáis un yunque y golpeáis los alambres, fundís Los alambres, destruís los alambres.
Alambres

¿Qué tenemos para el hombre?

¡Oh, sí! TENEMOS TODO POR GANAR

XXIV

Actualmente, además de ir de especialista en especialista, lo único que tengo claro es que el deterioro físico es un proceso imparable.

Tengo claro que mientras pueda aportaré en ECOAR, además de mi visión actual, la experiencia de casi cuarenta años. ECOAR es un espacio donde confluyen asociaciones, organizaciones y personas que como yo están a título personal.

Participé en el grupo que se comprometió a redactar el MANIFIESTO fundacional. Luego presentamos el borrador y en la Asamblea se redactó el definitivo, con la aportación y el consenso de todos.

Os transcribo extractos del que yo presenté. Lo hago, y lo hago mio, porque sinceramente es lo que me motiva para seguir adelante.

Me indigna ver como nos están robando lo que costo tantos sufrimientos. Y lo están haciendo como si no hubiese otra salida. No es cierto y ECOAR Plataforma de Vigo tiene como objetivo buscar alternativas desde la pluralidad.

MANIFIESTO

Esta Plataforma por la Unidad está formada por personas y colectivos con la intención de que se convierta en un espacio donde pueda confluír nuestro anhelo de Unidad para, no sólo denunciar la impunidad de bancos y políticos corruptos, sino para plantear una Alternativa a todas luces necesaria para cambiar esta sociedad.

Nos une nuestra idea de que nada cambiará si no participamos todos, que somos nosotros los que hemos de decidir. Ningún Partido, ningún Líder. Personas responsables elegidas en las asambleas son las asignadas libremente para hacer de Portavoz, Representante o Coordinador mientras el colectivo lo considere oportuno.

Queremos un Estado social y laico. Un Estado que esté en manos de la sociedad, y que atienda las necesidades de esta como base y obligación.

Laico, porque ninguna religión debe inmiscuirse en los asuntos de Estado, cómo han hecho hasta el día de hoy, ni beneficiarse del dinero público para mantener sus estructuras. Que sean sus feligreses los que a voluntad financien su religión, cómo hacen todas las demás confesiones religiosas.

Un Estado que esté en primera línea de defensa del interés público, y que no desvíe nuestro dinero y merme las prestaciones y derechos en aras de mantener bancos o empresas privadas, que lejos de ejercer políticas de desarrollo, sólo aplican la rapiña.

Somos Anticapitalistas, porque precisamente creemos que este sistema económico lleva décadas caducado, es regresivo y sólo demuestra, día a día, hasta donde puede llegar una Casta por defender sus privilegios: la rapiña, las guerras por hacerse con las materias primas, los genocidios, patrocinando a tiranos armados por empresas multinacionales de armas. Invierten en guerras para obtener pingües beneficios.

Otro sistema económico es posible y necesario para el avance de la sociedad en su conjunto. Tenemos que despejar el camino para que el futuro de nuestros jóvenes sea eso, futuro, y no el agujero negro de miseria y desesperanza al que nos abocan.

Hemos de promover un consumo responsable. La esquilma y el deterioro al que se somete a la Naturaleza está llevando al planeta al agotamiento, produciéndole unos daños que serán irreparables.

Nosotros mismos, como individuos, hemos de reflexionar y alejarnos del consumismo compulsivo. Ser responsables, y, si es preciso, autocríticos. De la misma manera que queremos cambiar esta sociedad, hagámoslo también con nosotros mismos.

Defendemos el multiculturalismo, no sólo por tolerancia, si no por el conocimiento de que otras culturas enriquecen la nuestra. Entendemos la cultura como un bien de la Humanidad, no como una exclusividad de una casta, pueblo, nación o etnia.

Nos definimos como Apartidistas, Asindicalistas y Aconfesionales. No somos Antipartido, con algunos podremos confluir en determinados momentos, lo mismo que con algún sindicato. Obviamente no compartimos ni su política, ni su estructura.

Con respecto a declararnos Aconfesionales, manifestamos que no profesamos ninguna religión, pero sabemos que, codo con codo, coincidiremos con personas con sus creencias y, con toda seguridad, los habrá que se unan a esta Plataforma por la Unidad.

Estamos contra la llamada Globalización porque lo único que aporta a todos los pueblos es la sobreexplotación. Los Parabienes de la modernización internacional de los mercados da, por ejemplo, que un trabajador en China gane apenas para comer, trabajando al menos catorce horas, en China, en Brasil, en Polonia, en Nigeria... Esos son los parabienes de la globalización, abaratar la mano de obra esclavizando.

La impunidad, la evasión de impuestos de las grandes empresas, no es modernización. La globalización es volver a los tiempos de las colonias, a la perpetuación de los privilegios de aquellos que realmente han provocado la crisis más aguda que ha padecido el capitalismo en toda su historia.

La defensa de los derechos humanos está cómo uno de nuestros principales objetivos, dado que la vulneración de este derecho a cualquier persona debe contar, no sólo con nuestra condena más rotunda, sino que estaremos vigilantes para que ningún caso quede impune.

No se nos escapa el hecho de que se van a vivir momentos de gran convulsión social. Ya hay decenas de testimonios que denuncian la desproporción de la respuesta del Estado ante una concentración o manifestación.

Las claras advertencias de que no consentirán, de que no permitirán, de que acallarán nuestra voces utilizando sin escrúpulo a los antidisturbios, de que día a día irán cambiando las leyes para que sea ilegal y por lo tanto reprimible desde la pegada de un cartel a una concentración de más de veinte personas, el endurecimiento en las penas por desobediencia a la autoridad...

En definitiva, se acercan tiempos de extrema violencia, y hemos de tener claro que nuestra respuesta jamás debe ser tirar piedras, quemar contenedores... Nuestra respuesta ha de ser clara:

NO A LA VIOLENCIA, SÍ a la contundencia, a la persistencia y responder aumentando el número de participantes en las concentraciones o manifestaciones.

XXV

Para ir concluyendo quiero transcribiros algunos extractos del texto poético por el que la Universidad de Colorado me concedió un Certificado Por Excelencia. Cómo bien veréis esta fechado en 1988, cuando sólo llevaba diez años de cárcel. Este texto también fue dramatizado por un locutor de Radio Nacional que había pertenecido a Els Joglars. Fue editado en cinta y escenificado por grupos de teatro. Actualmente lo he pasado a CD. Comento esto por si a alguno le interesa escucharlo entero.

TESTAMENTO

Prisión de Soria
Mayo de 1988

Si pudieras acudir ahora que te llamo desnudo frente a un cielo negro
que se cuele por la ventana.
Un cielo oscuro y frío que sujeta mi cuerpo desnudo y erguido tras un sueño.
Un sueño de música, un sueño de ti, desnuda.

... Verías un cuerpo partido en la noche
un cuerpo que persigue desnudo el sueño de una mujer desnuda
Que triste es la noche que guarda un cuerpo joven
Que tristes las manos que te buscan
y sólo encuentran el silencio de la noche con su frío y su cielo negro
que se desploma por esta celda.

... Verías un cuerpo en espera del sueño que con sus manos tibias lo balancea
en la claridad de un día de primavera
con un cielo de colores y una tierra de flores enormes que lo cubran
y unos labios que lo descubren para ti y para el sol
para el día entero, para el cielo con sus colores.

...Tú, buscando en mi cuerpo que se ha llenado de secretos
se levantan cómo en su día se levantaron las montañas
como cuando explota un volcán
pero mi fuego cae en mi pero no quema tu cuerpo
sale de mi pero se queda atrapado en esta noche
en su cielo frío y negro

Un cielo frío y negro se queda en mis manos
y se enfría en mis manos
y todo yo me enfrió con la noche

que se desparrama por la celda y me aprisiona el cuerpo desnudo
que se sublevó buscándote

...No puedo dormir
esta noche el mundo entró con su cielo negro
que sangra y me reprocha
que yo no haga nada por él
Un mundo bárbaro se coló en mi celda
y me señaló con su dedo
El dedo de un niño al que le pregunto como se llama
y me grita: ¡Comer!

Una madre que llora me señala: ¡Intelectual de mierda, haz algo por el niño
Convierte tus palabras en pan,
es el único hijo que me queda!
¡Intelectual de mierda,
no quiero quedarme sin hijo!

Y todas las abuelas del mundo
están gritando de terror en esta celda.
Las abuelas argentinas me preguntan: -¿Dónde está mi nieto?
Intelectuales de mierda
¿Dónde están nuestros hijos?

Una negra africana está llorando,
Gesticula con las manos: ¿Dónde está la justicia?
Yo que sé, ¡Yo que sé! ¡No lo sé!...

...Yo llevo diez años en esta celda por querer remediar al mundo.

...Díselo tú
A mí no me creen los niños con hambre
No me creen sus padres...

...Ah, les dices a las abuelas que sus nietos serán felices en el mundo que yo les quiero
Di al mundo que no es justo que me tomen la celda por asalto...

...La noche sigue rondándome cómo me rondaba en la comisaría.
Me golpea igual que me golpeaban...

...Todo un mundo de injusticia
entraron con el cielo oscuro al que le han comido las estrellas.
¿Quién le habrá comido las estrellas a este cielo de Soria?

Los niños no han podido ser porque ellos se mueren de hambre
Las madres no han podido ser
porque ellas ya dieron a devorar sus senos a los bebés
Las abuelas no
porque ellas están buscando desesperadas a sus nietos.
¿Quién se comió las estrellas?

El minero no
porque tenía el pecho lleno de carbón

¿Quién dejó el cielo negro y se llevó de mi memoria el aire y el mar?
¿Quién me dejó sin hijos.
¿Quién arrasó estos campos para construir esta cárcel?
¿Quién se comió las estrellas y me dejó la oscuridad el frío y esta celda?

Y tú, donde estás tú en esta noche
Dónde están tus hombros, tu cuello, tus lunares,
tus muslos, tus caderas y tus senos
tu sonrisa

Dónde las lágrimas de tus ojos para mi boca seca
Mi boca seca en estas horas donde todo aprieta
con la mayor crueldad que jamás inventó el hombre
Una crueldad de siglos concentrada en las cuatro paredes de esta celda negra y oscura
cómo la vida diaria de miles de personas
Oscuras las paredes y tortuosas cómo la vida de los escépticos.

Oscuras, tortuosas y egoístas
cómo la vida de quién no espera nada
y se pasea por ella de mañana a noche en un lento suicidio.

Así son las paredes de esta fría celda
Fría cómo la vida de las mentes estrechas
Estrechadas cómo esas mentes que corroe la desidia y vapulea la mentira.
De esa misma fibra construyeron esta celda...

...Déjame dormir sobre ti cómo si fuese sobre la tierra más cálida del mundo
Como si yo fuese el niño más pequeño del mundo
Como si fuese el hombre más loco de amor.

Que llegue a ti cansado
Que llegue para ti cansado y sonriente
Cansado de levantar edificios, de construir barcos
Cansado y con rabia porque me quieren quitar el trabajo...

...La noche está en silencio
rodeando esta cárcel como si fuera un cementerio viejo
Y el que ama la vida
grita también en el silencio.

Grita a la vida porque tiene el cuerpo rodeado
de celda y de cielo negro
Un cielo al que también le falta la luna.

Se la comió algún yanqui gordo, algún hijo de puta yanqui
se comió la luna y escondió sus huesos en alguna fábrica de armamento...

...La noche en una celda corta llena de cielo frío y negro.
Qué esperas de la vida
Yo no puedo cambiarte en una noche
ni siquiera puedo cambiar la noche
No puedo hacer de la celda un paraíso
ni del mundo un mundo en el que poder ser felices

Antes hay mucho que arreglar...

...No te puedo cambiar en una noche
Las cosas no cambian en una noche
Nadie, nadie cambia en una noche
Tenemos algo que nos tira para abajo, para lo que ya conocemos y sabemos de memoria
Como esas mulas que dan vueltas en una noria
y a cada vuelta están más ciegas
pero siguen dando vueltas y más vueltas
hasta que por fin caen sobre las piedras.

Nosotros caemos sobre los años
Te lo tengo dicho, no me creas un idealista.
Mi fe en los humanos no es una fe ciega, como la de las mulas que dan vueltas alrededor de la noria.

Yo estoy aquí porque sé que hay una parte de la humanidad que se lo merece
Una parte muy grande me llena el corazón con su sangre...

...Tráeme un puñado de tierra un trago de mar en tu boca y lléname todo de tierra y mar
Entiérrame bajo tu mar. Que tus nalgas entierren mi sexo y tu espalda mi pecho y tu nuca cierre mi boca.
Entiérrame por esta noche. Hazme desaparecer para este frío... Esta noche no quiero morir. Esta noche quiero amarte.
Dejar en ti el TESTAMENTO. Dejarte en la memoria una noche oscura negra fría
en la que un hombre te amó y te sacó de las entrañas todos los hijos que caben en el mundo
Y te puso en el cielo todas las estrellas del universo, todas juntas, hasta poner el cielo blanco
Y que te dejó la sangre fluyendo como el Amazonas. Que te dejó enamorada.

---Ven, búscame en las calles, en las fábricas. Ponte a la salida de un colegio y verás a un niño sonriendo
y otro llorando y otro pegando y otro en el suelo. Ellos soy yo
Yo estoy con ellos porque, recuerda esta noche entró el mundo en la celda y trajo también algo de alegría.

...La noche, esta noche ya va para vieja, comienzan a caérsele algunos copos de nieve, no puedo cerrar la ventana
Se quedaría todo el mundo a la intemperie de una noche fría y negra y tú te quedarías desnuda en la nieve, aterida...

...Encendamos una vela en esta noche y te hago el amor en medio de este mundo. Así, dando vueltas por el universo,
Vueltas a través del espacio infinito, abrazados, revolcándonos...

Que Marte sienta envidia, que Venus ponga el grito en el cielo, que se estremezca de celos Mercurio y se escandalice Saturno...

...Se levanta un viento fuerte que arrastra la nieve, te levantará la falda para que yo vea tus piernas
Morderé tus piernas con la rabia con la que he mordido esta noche.
Te las morderé para que no sean tan perfectas, para que tengas huellas, huellas que yo seguiré en una noche oscura y fría como esta.

Ven, no ves que todo el mundo sabe que te llamo.

Ven, pregúntame por qué en una noche así yo hago testamento.
Te dejo un montón de fotografías de cuando era pequeño, pero sólo esta noche, eh, para que te rías de mis orejas.

No me puedo despedir, aún sigue la noche. Aún el cielo negro me tiene la celda inundada,
Me falta algo.

Tengo en la celda pueblos libres y pueblos sojuzgados. Lo tengo todo y sin embargo me faltas tú.
Todo el mundo está en mi celda y me faltas tú, tus labios

para que me besen
hasta dejarme dormido.

EL ANDALUZ
Saldré vivo aunque me matéis

En Vigo en el 2012.....HASTA SIEMPRE